

SAN JOSÉ, COSTA RICA

1923

LUNES 1º DE OCTUBRE

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Las dos Américas^(*)

Lo que pueden darse mutuamente

I

Voy a hablar de lo que la América Anglosajona puede darle a la América Española y de lo que ésta puede darle a aquélla. No me refiero al cobre y al salitre de Chile, al trigo y las carnes congeladas de la Argentina, al café y al algodón del Brasil, ni a los automóviles, locomotoras, o pianos eléctricos de los Estados Unidos. No me refiero al intercambio de mercadería; me refiero exclusivamente a intercambios de carácter social, a valores morales.

Un hombre de negocios puede hablar por horas en la Cámara de Comercio de Chicago y decir a los comerciantes y a los fabricantes que mercaderías pueden y deben enviar a las repúblicas del sur, cómo deben remitirlas, cómo deben embalarlas, qué créditos deben conceder y qué utilidades pueden esperar. Yo no estoy hablando en la Cámara de Comercio de Chicago a comerciantes e industriales. Estoy hablando en la Universidad de Columbia a profesores íntimamente ligados con la vida hispanoamericana, estoy hablando a importadores intelectuales—porque vosotros, profesores de castellano aquí, estáis importando nuestra lengua y nuestro pensamiento.

No sólo hay y no sólo debe haber un intercambio material entre las dos Américas. Hay y debe haber también un intercambio de valores morales, sociales. Y es necesario ver qué valores espirituales puede enviar esta América a aquella América, es necesario ver la manera de hacer la remisión, fijar las condiciones de pago y averiguar la utilidad que ha de obtenerse.

Al exportar vosotros valores socia-

(*) Conferencia dictada en el Philosophy Hall de la Universidad de Columbia, New York.

les a la América Española, debéis pensar sólo en exportar valores que sean de utilidad para la otra América. Un comerciante de la Cámara de Comercio de Chicago no trataría de exportar café al Brasil, porque allá hay café en abundancia, y no necesitan de café extranjero, ni trataría de exportar retratos del Kaiser a Bélgica, porque allá no se necesitan ni se aprecian los retratos del Kaiser. Primero que todo debemos ver, entonces, qué valores morales tenéis vosotros que sean de utilidad en la América Española y que escaseen allá. Voy a enumerar en orden de importancia las virtudes so-

ciales que aquí abundan y que allá se necesitan. Son:

- 1.—El espíritu de servicio.
- 2.—El espíritu democrático.
- 3.—El espíritu de educación nacional.
- 4.—El amor a la libertad.
- 5.—El amor a la salud del cuerpo y del alma.

Hay otros valores sociales que podéis exportar con ventajas a la América Española, pero la mayor parte de ellos están comprendidos en los cinco valores antes enunciados. Estos valores representan, en mi concepto, rasgos característicos de vuestra nacionalidad, que os diferencian no sólo de la América Española sino también de la Europa y que, en rigor, os diferencian más de la Europa que de la América Española.

Vamos a estudiar uno a uno todos estos valores y a ver por qué es un

(Pasa a la página 20).

Miniaturas mexicanas

A DANIEL COSÍO VILLEGAS

I

La triple México

PARA quien tenga ojos, cualquier viaje será viaje a Italia. En México, no cabe duda: sus ciudades antiguas tienen el encanto de las continuas sorpresas. Y su capital ofrece al espectador, como Roma, tres ciudades sucesivas, vivientes aún, la ciudad triple sobre las capas de ciudades sepultas. En Roma coexisten arquitectónicamente la urbe de los Césares, la ciudad de las basílicas cristianas y la corte de los Papas del Renacimiento, que alcanza su áureo mediodía en San Pedro y su opulento crepúsculo barroco en las fachadas y las fuentes del Bernini. Pero la unidad se impone; hasta mirar a la mujer romana, aristocrática o plebeya: el busto tiene todavía las amplias líneas marmóreas de Livia y

de Julia; la cara es todavía el óvalo rafaélico.

Así, México ofrece, si no los veinte siglos de Roma, al menos el compendio de cuatro centurias: la Tenochtitlán lacustre de los emperadores aztecas, la corte de los virreyes españoles, la atormentada capital independiente, republicana con eclipses monárquicos. Y la unidad (en la dualidad, si queréis) se impone también: en 1921, como en 1521, transitan por las calles el español que combate a las órdenes de Cortés o de Iturbide y el indio que combate a las órdenes de Cuauhtémoc o de Morelos.

II

Tenochtitlán

Sobre las ciudades sepultas en que se asienta México, la Tenochtitlán de

los aztecas persiste todavía a flor de tierra. Se descende o se cava, uno o dos metros, en las inmediaciones de la Catedral, y se tropieza con edificaciones piramidales y con grandes ídolos y frisos simbólicos. A veces, Tenochtitlán sube y se muestra, como en la formidable cabeza de serpiente que sirve de piedra angular a la casa de los Condes de Calimaya; y la Piedra del Sol es todavía monumento público, que a través del patio del Museo atrae los ojos del transeunte de la calle. Y si no con el Museo, y si no con el azteca viviente, con su tipo étnico y su lengua nativa, nos convenceríamos de la persistencia de Tenochtitlán yendo a visitar una de sus antiguas dependencias; yendo, por el canal que abrieron los indios, a Xochimilco, rústico resto de las Venecias indígenas que en otro tiempo se desparramaban por todo el valle de Anáhuac, Arcadia lacustre donde el hombre piensa sólo en las flores y los frutos que cultiva entre columnatas de sauces verticales, émulos de los chopos del Mediterráneo.

III

Mar de Veracruz

Otra vez, el sortilegio de los mares cálidos... El viento es una larga caricia de amor, de amor que nunca desfallece; el espacio es una esfera de cristal azul dentro de otra esfera de cristal dorado; y del mar, caja de todos los colores y arca de la vida, se desprenden hacia nosotros las olas. Nada en la naturaleza fascina y retiene como las olas: son catástrofes rápidas, pero majestuosas, cada una con culminación diversa, con desenlace distinto. Todos deseamos ver cómo se desarrollará, cómo terminará, cada una de aquellas tragedias... aunque sabemos bien que el desenlace ha de ser, como en el drama griego, aquietamiento final.

IV

Arca de la vida

Entramos al mar, al dulce mar cálido... Y la energía, que se agota en el frío persistente de las alturas, renace a borbotones al contacto del agua salobre: cada ola es una oleada vital; el ritmo de la sangre se vuelve sumiso al ritmo del mar. Y pensamos otra vez que no la tierra, el mar es el arca de la vida.

V

Pérfida onda

¡Delicia de entregarse a la ficción infantil de desafiar a las olas! Como

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. GARCIA-MONGE
Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

La entrega.....	¢ 0.50
El tomo (24 entregas).....	12.00
El tomo (para el exterior)...	\$ 3.50 oroam.
La página mensual de avisos (4 inserciones).....	20.00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

en la infancia, cada ola tiene vida propia, tiene nombre de mujer. Sus embestidas, de frente, regocijan como abrazos; su intento de arrastrarnos consigo, al regreso, divierte como fracaso en el juego. Y así nos entregamos a ellas. Pero...

¿Recordáis, hermanos argentinos, cómo nos traicionaron aquellas maravillosas olas purpúreas de Cuyutlán, el día en que descubristeis el Pacífico? No hay perfidia como la de la onda, en las playas abiertas, que por abiertas nos incitan a la confianza, a la confianza ilimitada como la llanura líquida.

VI

Yucatán

Pueblo de mujeres vivaces y de hombres pacientes, pueblo enérgico: de la roca, constante enemiga, hace brotar a cada dos pasos el agua; la girante rosa de los molinos de viento se encumbra sobre las palmeras, y quiere, como ellas, formar bosques. Si los maestros de la barbarie industrial han creado vergeles, con ayuda de lejanos ríos, en los desiertos de California, estos hombres que parecen haberse quedado en la edad de piedra saben crear el vergel sacando el agua de bajo sus pedregales.

VII

El que camina sobre nubes

El jefe es alto, fuerte, ligero, todo músculos y nervios. Aire perpetuamente juvenil: no se sabe cuándo se advertirán en él los avances de la madurez, bien comenzada ya, sin embargo. Su estatura prócer sorprende en medio de las figuras pequeñas y fornidas de su pueblo: cómo contrasta su palabra vibrante con los largos silencios de sus gentes.

No parece que camina sobre la tierra dura de su país: va pisando nubes. No mira al suelo: lleva los enormes ojos verdes fijos en el sol. Habla siempre de su pueblo, de lo que hará con su pueblo. ¿Que apenas hay con qué hacer nada? No importa: él hallará los medios.

Y cuando menos se lo espera, cuando la conversación se desvía hacia asuntos triviales y la atención se distrae, el hombre que camina domeñando nubes interrumpe bruscamente, como si hablara solo:

—Le daremos al pueblo escuelas... Lo enseñaremos a defenderse... Le daremos todo lo que necesita, aunque no sepa que lo necesita.

VIII

Poetisa provinciana

Poetisa de provincia, solterona, de figura delgada, vestida de negro. Ya comienza a doblegarse la espalda; pero la faz surcada de arrugas se enciende con una sonrisa enérgica, impuesta, más que por los labios pálidos, por los ojos hondamente negros.

Cuando tenía veinte años, la ingenuidad provinciana hubo de mecerla en auras de gloria naciente. La belleza juvenil, que los ojos negros y las finas facciones delatan aún, haría doble su triunfo... Pero los años pasaron. Nunca se realizó el viaje a la capital lejana, donde los triunfos pudieran hacerse reales. Nunca vino el príncipe; ni siquiera el vulgar marido. Y la doncella rica de sueños se fué convirtiendo en la pobre solterona.

Aquí la tenemos ahora, enseñando chiquillos en la escuela. Pero no confesará derrota: sobre la fatiga del cuerpo, sobre las arrugas y la palidez del rostro, los ojos negros seguirán agitando banderas de insurrección.

IX

Arráncame los ojos...

De noche, en camino hacia ruinas indias. Va atestado el tren oficial, y hasta lleva músicos en la comitiva: cantores que se acompañan con guitarras. La juventud pide canciones, y comienza la interminable serie de aires del trópico, con quejas y arrullos incomparables, de donde nacerá la maravilla musical del futuro.

Pero al siguiente día hay que estar en pie desde temprano, y recorrer leguas a caballo, y subir a pie colinas y pirámides. Queremos dormir. El invitado de honor, más que todos. Comienza a dormitar; pero bien pronto lo despierta una nueva canción. Los cantores han iniciado la serie colom-

biana, llena de imágenes fúnebres... Dormita la víctima de nuevo, y nuevos cantares le turban el sueño a intervalos frecuentes: cantares que hablan del rosal enfermo que muere por falta de amor, como el corazón del poeta, y de la espina clavada en el corazón, y de la niña que hizo florecer la madera de la caja en que la llevaban a enterrar, y de la niña que murió sin una lágrima en los ojos, y de la niña que murió entre flores de mayo y dejó el alma volando entre ellas: de las cosas más téticas que pueden dar de sí la

imaginación y el sentimiento enfermizos.

Y cuando la víctima, desesperada por la vigilia impuesta a sus ojos pesados de sueño, pide morir o matar a sus verdugos, y se llena de ideas de muerte, los implacables cantores entonan con voz aguda:

—«¡Arráncame los ojos cuando muera!»

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA.

México, 1921.

yores probabilidades de consolidación, cuanto más largo fuese su anonadamiento. ¡Pero esto no será!

3º ¿Juzga usted que se ha cerrado en nuestro continente un ciclo literario—el llamado modernista—y que se inicia uno de literatura americana? ¿Quiénes son los representantes de esa nueva orientación?

No creo en los ciclos; sino en la concatenación. ¿Qué influencia no se diluye en otra; qué materia no se transforma; qué fuerza no cambia de dirección? El modernismo, que siguieron en principio, y que nació, a la postre, de nuestros más grandes poetas, tuvo en sus obras, además de la parte puramente circunstancial de la innovación de la forma, la de la renovación de la subjetividad poética. Pero ellos hubieran sido los mismos novísimos maestros, con modernismo y sin modernismo. Las ideas algunas veces llegan a tiempo, y esta del modernismo fué una de ellas, que, oportunamente vino a autorizarnos para romper con eso, con el ciclo, es decir, con lo falso, con lo rígido, con lo estatuido arcaico, y al rompimiento pudieron producir arte puro y libre, poesía viva, en una palabra. Pero, si el modernismo no hubiera venido a ellos, ellos lo hubieran inventado. Para tal hazaña era la maza de Rubén Darío, encarnación genuina de la renovación artística imperiosa del momento. No creo, pues, que el modernismo los produjo; ellos se complementaron con él y a su vez lo complementaron, y esta saludable influencia es la que ha aprovechado a la brillante personalidad de los artistas de ahora, que al soplo de esos vientos han podido expandir sus características personales con toda libertad.

Así, pues, no se ha cerrado el ciclo modernista, ni es dable precisar con exactitud dónde tiene el otro punto, dónde empezó y dónde ha de tocarse con el fin para que se cierre, porque él en sí era ya el efecto de viejas aspiraciones de libertad que buscaban expresión. Esto es verdad del arte, tal como romanticismo contra clasicismo de pega. El desgaste de las cosas que acercándose a la perfección quieren consolidar, hasta que nuevas ideas, con la misma aspiración, las modifican o las echan por tierra.

Por lo tanto, no creo que se ha cerrado un ciclo modernista, ni que se ha abierto uno de literatura americana. Ni creo que el modernismo *a priori*, importado, como idea, a la América, dió movimiento a nuestra literatura; sino todo lo contrario, que si el modernismo encajó en nuestro arte, era porque nuestra concepción del arte ya lo preconcebía y lo llamaba, a veces,

Nuestra encuesta (*)

Contestación de Emilia Bernal

1º ¿Cuál le parece ser la influencia de las literaturas extranjeras, en el moderno desarrollo literario de América?

Ninguna. Si algo trascendente caracteriza la moderna literatura americana, es su personalismo. Cada quien de nuestros representativos literatos escribe con un sello tan personal, poniendo tan genuino matiz en su producción, que la hace enteramente libre, no ya de orientaciones extranjeras, sino hasta inconfundible con la producción de cada uno de los otros de sus coetáneos de América.

2º ¿Opina usted que existe una literatura americana en prosa y verso y en qué género le parece que se revela mejor este esfuerzo original?

Sí. En cuanto a que la literatura de Hispanoamérica no es hoy, como en los siglos XVII y XVIII, un mero reflejo de la española; en cuanto a que ha dejado de ser una rama de ella; pero opino que está muy lejos de ser una literatura hispanoamericana, porque siendo tantos los países de esta región, cada cual con su clima, su influencia territorial, sus rivalidades, sus intereses, sus tendencias, sus aspiraciones, revelan en su producción artística estas diferencias que hacen imposible la síntesis suprema a que se pretende llegar en la fórmula de esta pregunta. Creo que hay varias literaturas americanas.

Pienso, asimismo, que la lírica es nuestra forma literaria más desarrollada y notable: pero, pienso también que no será ella quien refleje mejor estas distintas Américas: sino la novela y, por excelencia, el teatro.

La novela dará la sensación de nuestras psicologías; pero, a pesar de su

floreamiento rápido, ella cuenta con un obstáculo muy grande que vencer, para llegar a su perfección; y es que la novela, no sólo por el asunto y la forma ha de dar la sensación de la vida nacional, sino, también, y muy principalmente, por el lenguaje, y nosotros desterramos de nuestras novelas nuestro léxico típico, autóctono, so pretexto de vocabulario espurio, y desproveemos la novela de su más pintoresca expresión. Si seguimos así, nuestra novela será solamente *novela española de asunto americano*.

Haber comprendido esto y haberlo obviado, es para mí el mayor mérito de Jorge Isaacs en *María*, de Cirilo Villaverde en *Cecilia Valdés*.

Hoy, algunos van sacudiendo esta preocupación, esta cobardía, sobre todo los argentinos. Quiroga, por ejemplo. Manuel Díaz Rodríguez, en la impresionante novela *Peregrina* o *El pozo encantado*.

Cuando el teatro, en germen, más o menos, en las repúblicas americanas haya llegado a una época florida, éste será el exponente del genio nacional en cada uno de nuestros países.

Sólo habría un medio de que se produjera una literatura americana: que surgiera en América la *unidad de ideales*. Puede existir en un futuro más o menos esta *unidad*, derivada del *peligro común*. Si la América Española reaccionara ante la absorción y el dominio yankee, que la amenaza a toda, podría aparecer un período transitorio de literatura que tuviera este sello de fusión espiritual... pero, acaso, en el transcurso del tiempo, al desaparecer el peligro, vendría de nuevo al primer plano de cada nacionalidad su propio aspecto, y con ello quedaría rota la *unidad utópica* de esa literatura.

Yendo más allá aún, si la América fuera vencida, el *dolor común* amasaría una literatura americana con ma-

(*) De *L'Amérique Latine*, París.

para satisfacer altas necesidades de verdad artística.

Las literaturas americanas existen como producto de personalidades. Sólo el individualismo es cierto. Y esto, de una manera absoluta para la América, que sólo produce individuos.

4º *El reciente desarrollo de la novela, tan poco cultivada en el pasado ¿le parece manifestación de este americanismo literario?*

Pienso que el desenvolvimiento de la novela es el resultado de nuestra civilización, que, madurando, ha dado hombres ante los cuales se ha hecho consciente: los artistas, que se han desdoblado en su expresión: la novela. Si a esto se quiere llamar *americanismo literario*...?

¿Crée usted que existe una decadencia de la poesía lírica y un renacimiento de la poesía épica, en que se revele, precisamente, el paso del modernismo al americanismo?

No puede decaer el lirismo ni puede renacer la épica. De todo lo anteriormente dicho se induce esta creencia. De fijo, es este nuestro momento histórico de producirla y por eso ella está en auge. De fijo, es este nuestro momento histórico de no producirla. No es dable que nazca. En su propia época de oscuridad América no dió epopeyas escritas. Las epopeyas se cantaron en lírica. ¿Ahora que se aclara nuestra civilización, vamos a caer en ese anacronismo del *demos*?

Todo el enfoque de la encuesta consiste en hacer derivar nuestra actitud en el arte contemporáneo de premisas falsas, de escuelas. Todo mi punto de mira está muy adentro. En verla venir de su propia naturaleza, de su crecimiento de dentro para fuera, de su impulso al porvenir.

¿Por qué insistir en la oposición o deslindamiento entre modernismo y americanismo? Yo no creo en estas cosas. Yo sólo creo en la América.

EMILIA BERNAL

Las dos Américas...

(Viene de la página 17).

buen negocio exportarlos a la otra América.

El observador extranjero que estudia este país, con mediana profundidad, descubre luego que hay una gran diferencia entre este país y la América Española en cuanto a la manera cómo el hombre ayuda al hombre. En la categoría «servicio» incluyo a Rockefeller cuando da quinientos millones de dólares para fines de bien público y a la muchacha que os sirve en un restaurant cuando da un dólar para la Cruz Roja. Incluyo a todo el que se priva de tiempo o de dinero para servir, sin interés directo, a sus semejantes. Incluyo vuestras instituciones y organizaciones de bien público: el settlement, el rescue hall, la asociación de los big brothers, vuestra Cruz Roja, vuestra Salvation Army, los mil y un medios, individuales y colectivos, que habéis ideado para ayudar a vuestros semejantes. Sólo en el año 1916 la iniciativa particular contribuyó aquí con mil millones de dólares para fines de bien común. A este respecto los Estados Unidos sobrepasan a todos los demás países del mundo, y, por supuesto, a la América Latina. Muchas de estas ideas y de estas organizaciones las habéis importado del Viejo Mundo, particularmente de Inglaterra. Pero aquí han crecido, se han hecho más intensas, más humanas, más poderosas. El espíritu de ayuda, de fellowship, es un rasgo característico vuestro.

En la América Española no tenemos este espíritu de servicio.

Se ha publicado muchas veces una caricatura que representa a un inglés, a un francés y a un español tratando de subir a pulso por un pilar. El inglés sube ayudado por sus compatriotas que le empujan y le prestan sus hombros para que se apoye; el francés sube mientras sus compatriotas ríen y se divierten, indiferentes, a sus pies; el español trata de subir entre sus paisanos que se empeñan en arrastrarlo para abajo, e impedirle que logre su objeto.

Ese cuadro sería igualmente exacto si se pintara a un norteamericano en vez del inglés y a un hispano-americano en vez del español.

Yo creo que este espíritu de servicio es vuestra virtud capital. Trae parejo el espíritu de justicia, el fair play y el square deal, expresiones para las cuales no tenemos siquiera un equivalente exacto en nuestra lengua. En este espíritu de servicio está incluido el tratamiento generoso al obrero, el darle condiciones adecuadas de trabajo. Está incluido también el espíritu de cooperación, de asociación. Aquí podéis contar en todo momento con centenares y miles de individuos que os ayuden armónicamente para desarrollar cualquier plan. Tenéis el instinto del team work, expresión ésta esencialmente vuestra que como las citadas anteriormente tampoco tiene

un equivalente exacto en nuestra lengua.

Esta es una virtud que puede fácilmente echar raíces en la América Española. Hace sólo unos pocos meses el millonario chileno Federico Santa María, dejó toda su fortuna, trescientos millones de pesos chilenos—sesenta millones de dólares—para fines de beneficencia pública. Tenemos muchas organizaciones de beneficencia en Chile sostenidas con donaciones particulares. Tenemos hombres de espíritu público que, dejando de lado sus intereses particulares, han consagrado la vida entera al sacerdocio del bien público. Un millonario, que vive aún, dió un millón de pesos para fundar una biblioteca pública en Valparaíso. Las mejores escuelas públicas de Santiago, que funcionan en palacios como los vuestros, son sostenidas por la Sociedad de Instrucción Primaria, que es particular, no oficial.

Esto que ocurre en Chile, país con cuya vida íntima estoy más familiarizado que con la de otros, por ser mi patria, ha de ocurrir en mayor o menor escala en los otros países de la América Española. Esto prueba, no que no necesitamos importar este espíritu de servicio, sino que este espíritu es fácilmente asimilable allá. Si plantáis en una región del mundo un manzano y el manzano echa raíces y da frutos, podéis plantar más manzanos que echen raíces y den fruto, pues ha quedado probado que el clima y el suelo les son favorables.

La segunda lámpara que podéis encender para nosotros en la América Latina es la lámpara de la democracia.

La guerra europea con la frase wilsoniana «salvemos la democracia en el mundo» que fué luego el lema de los vencedores, dió a los principios democráticos su máximo de popularidad en todas partes del globo. Pero luego el descontento obrero, el triunfo relativo de los bolshevistas en Rusia, la propaganda roja, han contribuido a desacreditar algo los principios democráticos. La democracia no ha traído el descontento general que podría esperarse si se toma en cuenta que ella es «el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo». Una parte del pueblo, el obrero manual, ha estado pidiendo un gobierno de clase hecho por ellos mismos.

Algunos ponen en duda las ventajas de la democracia. No hay manera de avenir el capital y el trabajo. Las uniones obreras de este país se están convirtiendo en Estado dentro del Estado. Al arranque oratorio de Luis XIV «El Estado soy yo», contesta el obrero de las uniones norteamericanas, «El Estado somos nosotros».

En este grave conflicto, son pocos

relativamente los que han caído en la cuenta que la solución del problema está dándola el propio espíritu democrático de este país. Hay centenares de fábricas norteamericanas que han instituido un gobierno democrático. En ellas los obreros eligen sus propios representantes, sus diputados, senadores, sus ministros. Administran la fábrica como se administra una república, para el bien de todos. Esta idea, llevada a sus límites naturales en el comercio, en la minería, en la industria, en la agricultura, es la natural solución de los conflictos del capital y del trabajo en una república. Y el país tendrá, de esta manera, su mejor escuela de civismo y de democracia.

Vosotros habéis concedido la ciudadanía a la mujer en toda la nación. Este no es sino un triunfo de vuestro espíritu democrático. Queréis que vuestro gobierno sea el representante de la voluntad popular, y habéis caído definitivamente en cuenta—antes que casi todo el resto del mundo—de que la mujer forma parte del pueblo. No sólo forma la mujer parte del pueblo, sino que es la mejor parte del pueblo, la que tiene más corazón y más conciencia. Incorporada ella a la vida cívica, hará avanzar a vuestro país hacia la realización de los más altos ideales de salud, de justicia, de pureza.

La América Española es oligárquica en su constitución política, lo es de hecho, aun cuando no lo es en teoría. En el hecho la facultad electoral la tienen todos los ciudadanos, pero el sesenta por ciento de sus habitantes no son ciudadanos, a causa de la ignorancia en que se les mantiene. Agréguese a esto que la mujer no puede votar y queda entonces un grupo muy restringido que tiene en verdad voz y voto para elegir a los mandatarios de la nación.

Esto no quiere decir que el terreno no sea propicio allá para que echen robustas raíces las prácticas democráticas. Voy a referirme otra vez a Chile, que es el país al cual tendré que hacer constante referencia al hablar de la América Española. Lo hago porque, siendo mi patria, como lo he dicho, es el país cuya vida conozco más íntimamente.

En Chile, durante sus cien años de independencia no ha habido ni un gobierno autocrático, ni un gobierno democrático. Las clases cultas y adineradas, que eran las más capaces, establecieron—a la sombra de una república constitucionalmente democrática—una democracia entre ellas mismas. Es decir, se dividieron en partidos políticos y lucharon entre sí, sin que la clase media ni el bajo pueblo tuvieran participación en sus luchas. La idea que parecía guiarles era que, siendo ellos los más capaces, de-

bieran elegir—entre ellos mismos—a los que habrían de dirigir la cosa pública. La nuestra era una democracia de los de arriba, que trataba a los de abajo como si fueran ciudadanos de una calidad inferior, sometidos a su cuidado y tutelaje. Así ha ocurrido que en general los presidentes de nuestro país han pertenecido a unas pocas familias. Hasta qué extremo esto ha sido sabio en el pasado, a causa de la ignorancia del resto de la población, está todavía por averiguarse. Nos hemos librado así de revoluciones y de caudillos.

Pero ha ocurrido que el gobierno de los de arriba no descuidó totalmente la educación popular, fomentando sobre todo la de la clase media, para la cual implantó un sistema de educación secundaria que es considerado el mejor de la América Española.

Y consecuencia de esto fué que la clase media creció en número y poder. Ha contribuido ésta a levantar a la clase popular. Y hace solamente unos cuantos meses, en las elecciones presidenciales, el país vió presentarse a dos candidatos, uno representante de las clases dirigentes por tradición y el otro un hombre de origen modesto, genuino representante de las clases media y popular. El país se dividió en dos bandos que libraron una lucha sin tregua. Hechos los escrutinios electorales, ambos partidos pretendían haber triunfado. Cada uno de los candidatos pretendía haber obtenido la mayoría. Un tribunal de honor decidió que el candidato popular había vencido por un voto, y la clase dirigente por tradición, por herencia, la que había elegido siempre a los presidentes del seno de sus familias, acató inmediatamente el fallo, como lo hizo todo el país.

En cuanto a la actuación de la mujer en nuestra vida pública, permitidme decir que ella ha optado por actuar en organizaciones cívicas particulares, debidas a su propia iniciativa. La conciencia femenina tiene cada vez más peso en los grandes problemas nacionales. Y estoy seguro de que Chile, la Argentina y el Uruguay serán los primeros países que reconocerán a la mujer el derecho a votar para elegir a los representantes del pueblo. Tenemos en mi patria mujeres que se han distinguido como escritoras, pintoras, educacionistas, abogados, médicos, ingenieros.

Dr. Alejandro Montero S.

MEDICO CIRUJANO

de la Universidad Real de Roma.

Horas de consulta: { de 2 a 5 p. m.

Lo anterior lo he dicho, no para que se crea que no necesitamos importar en la América Española el espíritu democrático, sino para demostrar que allá puede fructificar fácilmente—como lo demuestra el hecho de que está fructificando—que el clima y el suelo le son propicios.

Parejo con el espíritu de democracia va el espíritu de educación nacional. En realidad no puede haber democracia si no hay educación nacional, como no puede haber humo si no hay fuego, como no puede haber colores si no hay luz.

La razón por la cual las democracias de la América Española sólo lo han sido en el nombre, está el hecho de que en nuestros países no se dió jamás a la educación popular la importancia que en vuestro país vosotros le disteis. Nosotros principiámos por fundar universidades y vosotros principiasteis por fundar escuelas. Vuestra primera Universidad, la de Harvard, la fundasteis en 1639 y nuestra primera Universidad en la América Española, la de San Marcos, fué fundada en 1551, cerca de un siglo antes. El promedio de analfabetismo en la América Española es del sesenta por ciento. Podemos mostrar un grupo escogido de hombres y de mujeres de gran cultura en cada uno de nuestros países; pero la masa general es inculta. No nos hemos dado cuenta de que la mejor inversión que puede hacer un país es la que hace en la educación del pueblo, aun considerando el problema desde un punto de vista exclusivamente económico.

¿Cuántos millones y cuántas vidas no le cuesta a Méjico la incultura de sus clases populares?

Hemos cometido este error fundamental en la América Española: dejar inculta a la gran masa de la población; creer que sólo necesitamos del concurso de sus músculos y no del concurso de su inteligencia cultivada. No nos hemos dado cuenta de que así como la belleza del cielo no la constituyen sólo sus estrellas de primera magnitud, sino todas sus constelaciones, la grandeza de un pueblo no la hacen sus hombres escogidos y privilegiados, sino la cultura de toda su población.

Ahora bien, yo conozco íntimamente el bajo pueblo de mi tierra y conozco la mentalidad general de pueblos como el de los Estados Unidos y el de Inglaterra, donde he sido profesor, y sostengo que no son ni el pueblo inglés ni el pueblo estadounidense, ni el francés, ni el alemán, más inteligentes que el bajo pueblo de mi tierra. Démosle a éste las oportunidades que se le han negado y lo veremos brillar por su capacidad. Esto que digo no es ningún gesto chauvinista de mi parte;

me he referido a Chile, no porque quiera hacerlo destacarse como una excepción, sino porque lo conozco más íntimamente. Yo creo que lo mismo—en mayor o menor grado—podrá aplicarse a los demás países de la América Española. He dicho lo anterior para mostrar mi fe en lo que puede hacer la educación popular en nuestros países.

Y la América Latina ha despertado ya a la necesidad de la educación nacional, extendida a toda la población. Vuestra influencia a este respecto ha sido poderosa. En mi país se acaba de dictar la ley de educación primaria obligatoria y se están construyendo

grandes palacios para sus escuelas. Nuestro director general de instrucción primaria, Darío Salas, es un diplomado de vuestras Universidades. Hoy día principia a hablarse ya de la educación obligatoria post-escolar. Hemos modernizado nuestras bibliotecas al soplo de vuestra inspiración. El actual director de la Biblioteca Nacional, espíritu progresista, vidente de nuestra gran futura democracia, Carlos Silva Cruz, estudió en vuestro país.

TANCREDO PINOCHET.

(Concluirá en el próximo número).

Nuestra habla

DOÑA Emilia Bernal, una sugestiva dama según los que la conocen, una inspirada poetisa según todos los que hemos leído sus versos, ha hecho a un periódico de París unas interesantes declaraciones sobre la literatura del Nuevo Mundo, la cual, en su opinión, carece de unidad. «Opino—dice—que está muy lejos de ser una literatura hispanoamericana, porque siendo tantos los países de esta región, cada cual con su clima, su influencia territorial, sus rivalidades, sus intereses, sus tendencias, revela en su producción artística estas diferencias que hacen imposible la síntesis suprema a que se pretende llegar en la fórmula de esta pregunta». («¿Opina usted que existe una literatura americana en prosa y en verso y en qué género le parece que se revela mejor este esfuerzo original?») «Creo que hay varias literaturas americanas». Y todo el mundo creará como la señora Bernal. La literatura que se fabrica en Colombia, por ejemplo, país de líricos y de gramáticos y en el que, como oí decir en cierta ocasión al ilustre orador Restrepo, se hace una revolución por un gerundio, no puede ser igual a la que se confecciona en la Argentina, donde las minucias gramaticales, por una razón de cosmopolitismo, importan menos.

Las otras opiniones de la señora Bernal no tendrán tantos partidarios. Especialmente la que se refiere a la novela. Según la poetisa, la novela dará la sensación de nuestras psicologías; «pero a pesar de su florecimiento rápido, ella cuenta con un obstáculo muy grande que vencer para llegar a su perfección y es que la novela, no sólo por el asunto y la forma, ha de dar la sensación de la vida nacional, sino también, y muy principalmente,

por el lenguaje, y nosotros desterramos de nuestras novelas nuestro léxico típico, autóctono, so pretexto de vocabulario espurio y desproveemos la novela de su más pintoresca expresión. Si seguimos así, nuestra novela será solamente novela española de asunto americano».

¿Y cree sinceramente la señora Bernal que eso representaría una irreparable desgracia? La unidad de ideales americanos por la que ella suspira líneas más abajo, ¿podría realizarse si cada pueblo de América se lanzase a escribir y a hablar un lenguaje local, incomprensible más allá de sus limitadas fronteras geográficas?

Yo no veo ningún mal en que, literariamente, sigamos siendo colonias españolas. Hace falta destruir definitivamente cuanto, en el orden de los prejuicios humanos, de la concepción de la vida y hasta de la concepción política, nos liga todavía a España, colocándonos en una inferioridad lamentable, e injustificable por todos conceptos. Mas, literariamente, o si se prefiere gramaticalmente, lexicográficamente, ¿por qué hemos de renegar de nuestro pasado? Cuando nos liberamos de España, los países de América tuvimos buen cuidado de escoger de seguida nuestros gobernantes; nos dimos un régimen político que se nos antojaba más en armonía con nuestra idiosincrasia continental. Pero no creamos academias de la lengua, no pensamos en anular el código de lenguaje que nos habían impuesto los conquistadores. ¿Se ha hecho más tarde seriamente esa reforma? ¿Con qué habíamos de sustituir el de ese fatigante y pesado Quijote, a pesar de todo el más bello modelo de buen decir?

No seamos ingratos, ni exageremos así un prurito de soberanía que pudie-

ra llevarnos a un peligroso *babelismo*. La personalidad de América, en el dominio de lo espiritual, no podrá consolidarse sino cuando el castellano, el castellano en su pureza originaria, (o al menos como se habla hoy en España), sea nuestro medio común de expresión. Aceptemos, puesto que es una realidad que no podría negarse y menos destruirse, que entre nosotros el pueblo emplee locuciones o giros extraños al idioma, convengamos, puesto que es una ley privativa de todas las lenguas, que como consecuencia del clima, de la lucha por la existencia, del contacto con una naturaleza diversa, de la mescolanza o hibridismo de la raza, sobre el suelo americano haya surgido una flora verbal sin parentesco con la de Castilla; pero todo eso no justifica que en las novelas, en la prensa, en la poesía, deben recogerse y fijarse tales expresiones. En todas partes hay un caló, en todas partes el pueblo inventa, crea vocablos pintorescos que la literatura debe ignorar y a los cuales los escritores, los buenos escritores, no dan carta de naturaleza hasta tanto esos vocablos no han sufrido la prueba del tiempo. Para nosotros, en ese orden de cosas, la mayoría de edad no ha llegado todavía. Es ilusorio aspirar tan pronto a una total autonomía en cuestiones de lenguaje.

Nuestro orgullo continental no puede sufrir porque reconozcamos a España el derecho de legislar, de imponer su experiencia y su saber en todo lo que se relaciona con el habla. Bélgica ama ardientemente su independencia, tiene una literatura y un arte propios, y sin embargo, en puro francés escribieron Georges de Rodenbach, Huysmans, Maeterlink y Verharen, y en la región *welche* de esta simpática nación, nadie sueña con liberarse del yugo de Francia, esto es, de Racine, de Corneille, de la Academia y de Littré. Igual ocurre en la Confederación helvética, tierra trilingüe, sin contar una variedad interminable de dialectos. Suiza, que ama la paz igual que su propia existencia, vive en un estado perpetuo de revolución... en el hablar, pero al escribir, todo escritor que se respeta respeta las reglas, las formas tradicionales del lenguaje, y en esa materia no legisla la autoridad puntillosa del cantón. El alemán de Spitteler, sostiene sus admiradores, es digno de Goethe; cuando la Academia de Estocolmo acordó al viejo poeta el premio Nobel, no coronó la obra de un folclorista de expresiones locales, sino de un suizo escritor en lengua germana. ¿Le habrían hecho esta distinción si sólo hubiera compuesto versos destinados a los miembros de una *Landaman* de aldea? Ginebra posee una inmensa riqueza en modismos, lo que no impidió que

Amiel, su más alto representante intelectual, escribiera el *Diario íntimo* en francés de Francia. No menos que sus antepasados, los escritores suizos de hoy ponderan, exaltan, cantan las grandezas locales, y sienten el orgullo de sus tradiciones, pero ninguno (con la excepción de Ramuz, un novelador del cantón de Vaud) pretende sustituir el lenguaje literario, el que aprendieron en el colegio, el que prestigiaron los grandes espíritus, por esas locuciones, bárbaras a pesar de su *pintoresco*, del *sabor local* y otras zaramojas, que emplea el pueblo y que tal vez ellos mismos utilizan en la vida privada.

II

Muy bien que en cada república latino-americana los novelistas olviden que existe una Academia española; en buena hora que hagan hablar a sus personajes, no como esa Academia ordena, sino como los habitantes del país se expresan en la realidad. Sería una manera admirable de probar al mundo que, por segunda vez, sacudimos el yugo de la metrópoli... Admirable, si, por rechazo, el ideal de confraternidad hispano americano que se ha puesto de moda entre los oradores, no sufriera un rudo golpe, un golpe mortal quizás. Para que yo, cubano, pudiera comprender un libro venezolano así escrito, pongamos por absurdo, necesitaría valerme de un diccionario de modismos, me sería indispensable una labor tan absorbente como la de aprender un idioma extranjero, y ni aun así estaría cierto de interpretar expresiones locales que, fuera del lugar y sobre todo escritas, pierden toda su gracia y originalidad. Precisamente los venezolanos poseen vocablos ingeniosos y no faltos de malicia. Recuerdo ahora el de *sigüüt*, cuya acepción me ha explicado más de una vez el poeta Luis Yépez, sin que todavía esté cierto de haberla comprendido. Pero seguramente sin ninguna explicación, en Caracas, sentado en un banco de la plaza de la República, a la media hora de charla con gente de allá, sabría con exactitud la diferencia que existe, por ejemplo, entre un *sigüüt* y un *cachanchan*... Y es que ese tesoro de imágenes populares, esas saetas verbales de nuestra imaginación, no resisten el trasplante, no soportan la prueba gráfica. Aventarlas por el mundo en novelas, en revistas, equivaldría a destapar un pomo de esencias en pleno océano.

En vez de especializarnos en los argots parroquiales, ¿por qué no tendemos a servirnos con mayor corrección del habla que heredamos? Esa fué la obra a que consagró su saber don Rufino José Cuervo, y el gran valor de sus *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano* viene justamente de que

el filólogo colombiano, en vez de disculpar o aprobar las deformaciones que el idioma ha sufrido en América, proclama la conveniencia de inspirarnos, cuanto sea posible, en la fuente de los clásicos. Evitemos que llegue un día que al encontrarnos dos hispano-americanos lejos de nuestro continente, tengamos que decirnos apenas cambiamos el primer saludo:

—Conversemos en español de España, ¿Quiere usted?...

Yo confieso mi turbación cuando, entre extranjeros, debo hablar el castellano, que pronuncio, inútil decirlo, tan imperfectamente como el más civilizado de los latino americanos...

En mi tierra, junto a los míos, es un

goce perverso y exquisito burlarme del madrileño recién desembarcado que pronuncia cerveza como es debido, y llama jofaina a la *palangana*, y calle a lo que es *cuadra* entre nosotros, y calcetín a lo que denominamos *medias*, y que no se come la mitad de las vocales, ni confunde *z* con *s*, ni *p* con *d*, ni *l* con *r*. Pero con los extraños, que por escasamente que hayan educado el oído perciben esas capitales diferencias de pronunciación y de expresión, he pensado muchas veces que, entre el humilde golfillo y yo, el equivocado, el inferior, no era él...

J. DE LA LUZ LEÓN

Berna (Suiza) 1923.

DESHACIENDO UN EQUIVOCO

La mano y la inteligencia en nuestra jerarquía social

... Veamos el valor histórico respectivo de la mano y la inteligencia, la materia y el espíritu, como formas de eterno antagonismo, en la tragedia del avance humano. Para un optimista, toda la visión de esperanza ha de fundarse en las victorias graduales del elemento espiritual sobre el material, que depuran la conciencia colectiva. La marcha normal de ese prevalecimiento del espíritu sobre la materia es la evolución humana. Sus episodios violentos, anormales, son las revoluciones. Aunque ellas parezcan, a primera vista, imposiciones de la fuerza y de la multitud, lo único que puede darles eficacia de victoria trascendente es el espíritu que las anima, el soplo de ideal o sentido de mejora que esté infundido en ellas. Toda revolución puede definirse así: «el esfuerzo de un

grupo social poseedor del espíritu nuevo para infundirlo en la sociedad entera». Y el régimen que muere a manos de la revolución es, inversamente, el resto de una antigua superioridad espiritual, reducida por el uso del poder y por la exclusividad de casta o clase a la mera categoría de valor material, autoritario o de fuerza.

No hay signo más grave de decadencia que la exaltación de las formas adjetivas en un régimen político. Recordemos aquellos tópicos, enfáticos y vacíos, «como el principio de autoridad», «las energías del gobernante», «los prestigios de la institución A o B». Todos ellos encubren la imposibilidad de mantener el sistema político a cuyo servicio son invocados. Cuando se ha perdido toda fuerza espiritual, todo valor racional, se acude a la imposición de la fuerza material, elevándola a cosa respetable por sí misma. Y entonces, ¿puede darse más claro predominio de la «mano» sobre la «razón», no de la mano que opera y fabrica, sino de la mano que pega y mata? ¿Puede darse más evidente supremacía de la materia sobre el espíritu, no la materia en cuyo bloque duerma la futura estatua, obra del genio, sino la materia inepta para recibir toda forma de arquetipo humano?

Ninguna escuela política puede creer (claro está) en la superioridad de la mano y de la materia; pero toda escuela genuinamente conservadora defiende (en una u otra forma) la jerarquía de las fuerzas materiales o realistas sobre las espirituales o idealistas; defiende la «conservación» o supervivencia de una materia político-social cuyo espíritu se ha desvanecido.

Toda revolución es un esfuerzo es-

Doctor EDUARDO MONTEALEGRE

Cirujano Dentista Americano

Despacho: 2ª Avenida O. y calle 4ª S.

En lo sucesivo—señores agentes y suscritores de provincias—sírvanse remitirme *invariablemente* los fondos bajo *cubierta certificada* o en forma de *giro postal*; que sin ello suelen perderse.

El costo del certificado, o del *giro*, lo incluirán en la suma que me remitan.

El Editor del REPERTORIO

piritual, no una sacudida exclusivamente material. Toda revolución es aristocrática. Eso la diferencia, por un lado, del motín, y por otro, del pronunciamiento o del golpe de Estado. Recordemos las palabras del noble palaciego a Luis XVI, en los comienzos de la gran revuelta: «—¿Esto es un motín?»—pregunto el rey—. «No, «sire»—respondió el cortesano—. Es una revolución». Si el pueblo se hubiese movido entonces sólo por impulso del hambre o por la pasionalidad efímera de un caudillaje, su revuelta no hubiera sido una revolución. Compárese la Revolución con la «Jacquerie», o con nuestras Germanías, o con los tumultos populares en los días de la Fronda.

De igual manera podemos afirmar que si el socialismo (para dar un nombre genérico a la aspiración proletaria de nuestros días) fuera un movimiento de orden material, o la petición de una hegemonía de clase, su importancia sería infinitamente menor. Lo que le da categoría de impulsión histórica es su naturaleza ideal. Las clases llamadas conservadoras, comprendiendo esa circunstancia, tratan de reducir el movimiento obrero a cauces materiales, a menguados esfuerzos por mejorar la condición económica de la clase trabajadora, como el salario, la jornada, todo aquello que precisamente supone el reconocimiento de la categoría «material» del proletariado y, por lo tanto, su inferioridad social.

No. El socialismo no puede ser eso. En toda sociedad pasada, presente y futura, el trabajador «material» ejercerá, en cuanto a su oficio, una actividad inferior a la del trabajador «espiritual», aunque su participación como «fuente de soberanía» sea la misma. Pero no se trata de eso. Se trata de organizar la sociedad de tal modo que la distribución de funciones y actividades corresponda a la distribución de facultades personales, y no a la viciosa intrusión de castas o clases, monopolios, o concreciones parciales de dominio económico y de poder político. Se trata de ordenar por selección natural la desigualdad de actividades en la igualdad originaria de condiciones.

* *

Y aquí llegamos a la consideración capital que inspira mis palabras de hoy. Entendido así, el impulso del proletariado no tiende a imponer una absurda superioridad de la mano y la materia, sino, por el contrario, a demandar el predominio jerárquico que corresponde a la inteligencia y al espíritu; porque esos valores respectivos y opuestos se han desplazado. La mano, no la afirmativa y creadora, sino la negativa y destructora, es la que rige

hoy nuestras sociedades, contrariamente al impulso espiritual que le dió el cetro, o sea al impulso revolucionario. La materia, la falsa valoración jerárquica basada en el capitalismo, en la supervivencia, en el arbitrio sobre grandes masas inconscientes, es la que se impone al ansia de renovación ideal de los espiritualistas. No juguemos con las palabras engañosas. La mano activa coincide hoy con el pensamiento renovador y con el espíritu de mañana. Si Menenio Agripa tuviese que hablar hoy en nuestro Aventino, sus palabras no podían ser las que usó en Roma.

Precisamente, después de la guerra, la política internacional nos ofrece un espectáculo de siniestra elocuencia. La guerra mostró al mundo la flaqueza material de nuestra sociedad; el período posterior a la guerra está demostrando su inanidad espiritual. Ni un rastro de dignidad patricia en las clases y en los organismos directores. Hemos llegado a presenciar la burla cínica de aquellos mismos principios en que se fundaba la autoridad de las oligarquías, burla infligida por ellas mismas. Contra los ideales nuevos no han opuesto otros ideales, resurrectos o novísimos. No han puesto más que fuerza, violencia, materia, «mano»... Mejor dicho, no mano, sino «puño».

* *

Pero hay en la organización social corriente un sector que podría inducirnos al equívoco. Está inscrito, especialmente, en la clase media. Me refiero a los profesionales cuyo instrumento es la inteligencia. Hombres de carrera externamente espiritual; llamémosles, para usar un término preciso, los «técnicos». Si diésemos a los conceptos y a las palabras su sentido exterior, su acepción vulgar, pudiéramos creer que esas clases representa-

rían un valor de «inteligencia» o «espíritu», opuestamente a los obreros de «mano» y «materia». ¡Nada más lejos de la realidad! Rectifico: ¡nada más lejos de la idealidad, que es lo que importa! Las sociedades, conforme van perdiendo la virtud espiritual e ideal que dió «forma» a su «materia», tienden a perpetuar como oficio o profesión el valor jerárquico de sus conductores o guías. Ello es una lenta materialización de la espiritualidad, en servicio de la «letra» social, para petrificarla y hacerla intangible. Equivale a la transformación de los fundadores religiosos o mesiánicos en sacerdotes, de la fe en dogma, de la emoción divina en gesto y liturgia, que son formas alotrópicas de la fuerza material, y operan negativamente, por consunción y ahogo. Así ocurre también, por ejemplo, con la reducción del hombre justo al funcionario técnico de jurisprudencia, al abogado. Si el abogado tiene sentido jurídico no será por ser tal abogado, sino a pesar de serlo. Y de esas consideraciones no excluyo, ciertamente, al profesor, cuyo sentido científico ha de esforzarse en triunfar de la condición oficial o «profesional» de su cargo.

Bien sabido es que la «tecnocracia», o Gobierno de técnicos, es la fórmula de los sistemas agotados, exhaustos, que quieren darse apariencias de categoría espiritual, como buscando un título a sus derechos desacreditados. Los técnicos son el «camouflage» de los fuertes; son el disfraz de los regímenes sin razón; son la «mano» al servicio de la fuerza, la mano que firma o que bendice, como quien intenta conjurar con un signo mágico, un «tabo», el avance de la verdadera espiritualidad...

GABRIEL ALOMAR

(La Libertad, Madrid).

Quien habla de la

CERVECERIA TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en C. R.

Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS
Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

ger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

REFRESCOS
Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Gin-

SIROPES
Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas. Tiene como especialidad para fiestas sociales la KOLA DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE



COSTA RICA

SERVICIO DE INFORMACION INTERNACIONAL

El nuevo Presidente

Por la muerte de mister Harding sube a la presidencia de los Estados Unidos el vicepresidente mister Calvin Coolidge, borroso personaje de segunda fila, del cual se tienen pocas noticias aquí en los Estados Unidos, cuanto más en el extranjero. El vicepresidente de los Estados Unidos no lo nombran los electores con la mente puesta en la posibilidad de que ascienda a la presidencia. Esto ocurre raras veces. Después de los desagradables experimentos de Roosevelt y de Wilson a los verdaderos electores no les han quedado muchas ganas de exponerse a riesgo alguno con los presidentes y examinan muy de cerca y con minucioso esmero a los candidatos antes de nombrarlos en las convenciones, no sea que la supuesta oveja mansa se les convierta de la noche a la mañana en lobo indómito. Pero tales precauciones no se toman aún con los vicepresidentes.

Mister Coolidge fué nombrado vicepresidente cuando nadie lo esperaba, y, ya en la vicepresidencia, siguió siendo una personalidad obscura y sin relieve. Dícese que su designación como candidato a la vicepresidencia debióse a un incidente casi fortuito, pero que puso de relieve su temperamento de reaccionario. La policía de Boston, descontenta y, más que descontenta, angustiada con lo exiguo de la paga, insuficiente para atender a las necesidades primarias de la vida, se declaró en huelga. Díjose, a tiempo que estaba reunida la convención republicana, que la «firmeza» de mister Coolidge, a la sazón gobernador de Massachusetts, había «salvado a la sociedad», rompiendo la huelga y aterrando a los huelguistas. Otros aseveran que mister Coolidge no se encontraba en Boston en esos días; pero lo cierto es que el rumor de que había acabado con esa huelga en un dos por tres se adujo como recomendación oportuna, y ello le valió la candidatura republicana para la vicepresidencia. El cargo de vicepresidente es bastante decorativo y subalterno. Sin embargo, como vicepresidente Coolidge asistió a sesiones del gabinete y se le supone bien enterado de las cuestiones públicas en sus pormenores, lo que simplificará sus tareas presidenciales en los primeros momentos.

Sus amigos pintan a mister Coolidge como un hombre austero, reconcentrado y frío. Sus enemigos políticos lo tienen por hombre de espíritu estrecho, reaccionario hasta las médulas, desprovisto de alteza y de brillo intelectual, con «manos de hielo y corazón de piedra», incapaz de experimentar simpatía por ninguna idea nueva, defensor de la organización política, social y económica existente, a la que considera sacrosanta e intangible: enemigo resuelto de todo cambio. No es raro, pues, que el *Call* de Nueva York haya dicho del trigésimo presidente: «Su ascensión a la presi-

dencia es una calamidad que debemos sobrellevar a sabiendas de que es difícil que pudiera ocurrir nada peor».

Nació en 1872 de una familia que tiene varias generaciones nacidas en los Estados Unidos: es un «cientos por ciento norte-americano», expresión bárbara con la cual designan los patriotas de este país a los descendientes de los extranjeros que vinieron a



Mr. CALVIN COOLIDGE

Retrato caricaturesco
de GARCÍA CABRAL.

(*Excelsior*, México, D. F.)

los Estados Unidos hace un siglo por lo menos. Estudió derecho; y a pesar de su habitual silencio gusta de echar discursos. Sus discursos dicen poco o nada nuevo, pero son abundantes, con esa abundancia fofa y soporífera de los lugares comunes.

Desde que le nombraron vicepresidente sus discursos comenzaron a teñirse de un matiz reaccionario más oscuro. Publicó también artículos en las revistas destinadas a las señoras; y en discursos y artículos habló con saña y con vehemencia de la «amenaza del radicalismo». El año pasado, en

Minneapolis, clamó ante un numeroso auditorio de agricultores que éstos debían darse por muy satisfechos con que el nuevo arancel hubiera llevado el precio del trigo a un dólar y sesenta centavos. Después que habló media hora los asistentes armaron tal gritería y rechifla de desaprobación que mister Coolidge tuvo que abandonar la tribuna sin terminar su perorata. Se asegura también que influyó para que se expulsara del colegio de Amherst al profesor liberal Meiklejohn. (*) El actual presidente estudió en ese colegio.

Los periódicos lo pintan como un hombre modesto, circunspecto, taciturno. Suele tener las mandíbulas apretadas, como en gesto permanente de resolución, o acaso de testarudez. Se dice que fuma tabacos baratos, lo que se interpreta como señal de tacañería. «Hay que ahorrar siempre», aconsejó una vez a su auditorio, «cualquiera que sea el sueldo que ganemos». Es difícil hacerlo hablar, sondearlo, conocerle las intenciones. Hace tiempo, después de haberlo visitado, una persona compendió en estas palabras la opinión que le merecía el actual presidente: «Me gustaría ser estenógrafo de este hombre». Es fervoroso creyente y estricto cumplidor de sus deberes religiosos. Le gusta oír sermones.

No es raro, por lo tanto, que un escritor socialista haya dicho que pasar de Harding a Coolidge es como «escapar de la sartén para caer en las brasas». El mismo escritor aduce un trance bíblico para pintar la situación. «Recuerdo el relato de la Biblia acerca de la muerte del rey Salomón y la ascensión al trono de Roboam». Jeroboam y todo el pueblo de Israel acudieron al nuevo rey quejándose de que su padre «les había agravado el yugo»; pero el nuevo monarca les contestó: «Yo añadiré yugo a vuestro yugo. Si mi padre os azotó con látigos, yo os azotaré con escorpiones».

El resto del período presidencial durante el cual mister Coolidge será jefe del ejecutivo no es largo: es suficiente, sin embargo, para que pueda dar de sí lo que tenga, si es que tiene algo que dar. Las actuales condiciones políticas son confusas y transitorias. Mister Coolidge puede influir en ellas; puede, si demuestra habilidad, obtener la candidatura de los republicanos para las próximas elecciones.

Por supuesto que al decir que mister Coolidge no es un hombre original ni profundo no se afirma que eso lo incapacite para la presidencia: antes por el contrario, llena así uno de los requisitos indispensables para el cargo. El lugar de los pensadores originales no está, ni ha estado nunca, en las curules del gobierno en parte alguna del mundo y mucho menos en la plutocracia norte-americana. Los periódicos publican «pensamientos escogidos» de mister Coolidge que son la esencia de la insipidez, aunque denotan la tendencia general de su

(*) Véase el caso en el REPERTORIO N.º 20 del tomo 6.

espíritu. He aquí algunas florecitas de muestra, espigadas al azar:

Muestra de palabrería: «Ni el gobierno ni la sociedad crean los conflictos, sino los que que desafían sus leyes».

Muestra de xenofobia: «A los extranjeros peligrosos para nuestras instituciones debe deportárseles, aun cuando no hayan quebrantado nuestras leyes en forma punible por nuestros tribunales».

Muestra de industrialismo reaccionario: «Nuestro primer deber es poner a trabajar al inmigrante y convertirlo en productor. En seguida nuestro deber es educarlo, antes de que lo catequicen los bolseviques».

Muestra de religiosidad: «Tenemos que poner más confianza en la religión».

Muestra de tradicionalismo: «Debemos buscar nuestros guías en lo pasado».

Mister Coolidge, que fuma tabacos baratos, que anda siempre con las manos apañadas, que no sonríe nunca, que habla muy poco y que tiene profundas creencias religiosas, es un producto genuino del protestantismo norte-americano: es un dechado. Cree en la excelencia de la civilización

industrial, en el principio de autoridad y en la superioridad de la raza norte-americana de «vieja cepa». Algutos periódicos dicen que el nuevo presidente es un enigma, aunque esa afirmación es, en resumidas cuentas, una lisonja. Es posible sin duda que mister Coolidge resulte de improviso un estadista prodigioso, pero esos milagros no se ven todos los días.

Con lo cual se está dicho que los pueblos del Caribe donde hay procónsules nombrados por Washington, y los demás pueblos hispano-americanos donde ejerce influencia decisiva la Casa Blanca tienen poco que esperar de mister Coolidge. Las palabras del hijo de Salomón que recordaba el socialista a propósito de los liberales domésticos, pueden aplicarse a las repúblicas españolas vecinas del coloso:

—Yo añadiré yugo a vuestro yugo...

A los labios finos, apretados y sin sonrisa de mister Coolidge les sientan bien esas palabras. Ojalá sus hechos desmientan la profecía.

JESÚS SEMPRUM

Nueva York, 6 de agosto de 1923.

las cartas políticas traduce su ideal. Cuando construye la ciudad venidera, el escritor evoca las inquietas ciudades italianas, la gloria de los felices condotieros, la noble autoridad del podestá, la eficaz presión de los tiranos. ¿Por qué no heredará la antigua virtud de esos capitanes y, siendo moderno y actual, será también genuinamente italiano? Imagina, sin duda, que conquistará a Roma y que desde ella impondrá a Italia y al universo una nueva ley.

En la Constitución de Carnaro, solemnemente proclamada en la «Ciudad mártir» el 27 de agosto de 1920, se asocian la fantasía y el sentido de las realidades circunstantes y de los problemas contemporáneos. La vida es bella, dice uno de sus artículos. En otro leemos que el trabajo, por humilde que sea, contribuye a la belleza del mundo. El poeta olvida que es áspera la batalla de los hombres, que nos aprietan miserias y descontentos. Artista, ama la poesía de las cosas, el juego dorado de las apariencias. No abandona el nativo optimismo al legislar. En la operosa oficina que ha fundado, en Fiume que le escucha y le sigue, va a surgir, lo declara, el hombre libre, el hombre novísimo. Llega así a la tierra el reino del Espíritu y se cumplen misteriosos presagios.

La Carta resucita las antiguas corporaciones medioevales. En vez del amargo individualismo de épocas recientes, el cuadro firme para que encuentre el trabajador protección y vigilancia. Menor libertad y también menor dolor, porque en el frenesí de la concurrencia se disuelven las ciudades y se enferman las almas. Una Cámara alta, el Consejo de los Optimos; otra, el Consejo de los Provisores en que figuran representantes de las agrupaciones económicas, de las corporaciones, legislan en la ciudad dilecta. El parlamento es una suerte de asamblea profesional, tal como la anuncian flamantes reformadores.

En casos de extremo peligro, el jefe de la República, el primero en ciudad o reino, se proclama dictador. La Constitución recuerda que en la República romana, duraba seis meses el período dictatorial. D'Annunzio ejerció en Fiume una activísima dictadura. Sorprendían la laboriosidad y el entusiasmo de quien había ya entrado en las avenidas de la vejez. El pueblo, embriagado por sus oraciones tribunicias, le seguía y el mismo Adriático perdía su amargura. Nada escapaba a su previsión, a su acción omnipresente; todos los esfuerzos culminaban en belleza. En su alma que se enamoró de tantas heroicas figuras, creo que perece la memoria de Alcibíades y sobrevive la de Pericles. El poeta construye, levanta sólidos muros al son de

Fascismo y fiumanismo:

la evolución política de D'Annunzio y las ideas de Mussolini

Paris, 1923.

FIUMANISMO llaman en Italia la actitud de la ciudad heroica, de Fiume abandonada por la flaqueza de los políticos y las concesiones de los diplomáticos. De esa actitud deriva una teoría precisa. El Dr. de la nueva doctrina que los legionarios derraman por el reino es d'Annunzio. Entre Corradini y Mussolini, entre el nacionalismo teórico y el fascismo beligerante surge el caudillo de los *arditi* cantando y gobernando, con ínfulas de guerrero y de agorero. En el seno de la República, a pesar de las admoniciones de Platón, domina un poeta.

En hazañas de la tierra y del aire aspira a ser el superhombre que sus libros anuncian, el Zaratustra latino, abundante y ferviente, que se trasmuta en soldado. En él no observamos el divorcio entre la idea pura y la acción. Combate y sueña, dirige máquinas de guerra y efervoriza a las multitudes con parábolas. Ocupa a Fiume y lo organiza mientras discuten los plenipotenciarios de la paz. Prefiere el gesto grave al verbo estéril.

Se mofan de su dictadura los políticos, pero él se obstina y contribuye al desconcierto de Europa. Pronto un séquito de imitadores prolonga en el continente un estado de turbación y desencanto.

Extraordinario poder de hombres singulares en el tumulto creado por la guerra. Los estadistas se convierten en dictadores, queda supeditado el orden civil a la voluntad de ilustres generales, intervenciones inesperadas destruyen la obra penosa de las cancillerías. D'Annunzio inicia, en Fiume, esta actividad ilegal. Le acompañan o le siguen caciques que aman la violencia, Korfanty en Silesia, Hitler en Baviera, en el Asia renaciente Mustafá Kemal. El Estado organizado y respetado confiesa en todas partes su impotencia. Libres grupos se substituyen a él en la función del gobierno. En una Europa desorbitada aparecen los caudillos de nuestra América. Sobre tradiciones y convenciones se levanta, en pueblos supercivilizados y archicultos, la individualidad soberana.

Porque es poeta, porque nunca puso límites a su ambición, D'Annunzio se preocupa no sólo de la ciudad en que domina sino del reino entero. Merced a él va a quedar fundamentada la futura vida italiana. La más curiosa de

Dr. ODIO DE GRANDA

MEDICO, CIRUJANO Y RADIOLOGO

de la Facultad de Medicina de París

Horas de consulta: de 8 a 11½ a. m.

nuevos himnos. La música, según él, tiene la primacía de una institución religiosa y social. Apolo gobierna en días de sosiego, Dionisos cuando mueve a los pueblos un profundo dolor. No basta entonces, enseña el poeta, crear un Dios a semejanza de una Nación, sino un himno también para ese Dios.

El poeta se propone realizar su utopía en una ciudad enardecida; pero los políticos, siervos de Calibán, le combaten. Sólo el fascismo, desde que inicia la obra de reforma castiza, se asocia fervorosamente a él. Cuantos ponen su conato en dar a Italia límites naturales, consideran que la ocupación de Fiume y su defensa constituyen una etapa necesaria en la realización del más generoso ideal. Mussolini y el comandante fraternizan. En solemnes ocasiones, el fumanismo y el fascismo maridan sus esfuerzos en favor de Italia. Si más tarde se separan los jefes, si parecen combatirse, si sus partidarios siguen divergentes rutas, no se rompe la noble amistad que los une. Como los anima la misma pasión nacional, vuelven luego sus ambiciones a concordar. El señor Foscanelli, que fué secretario del jefe del gabinete político del dictador, acaba de consagrar un pequeño libro a las relaciones entre fascistas y legionarios. Allí demuestra que Mussolini ofreció al comandante la más amplia hospitalidad en su peñón.

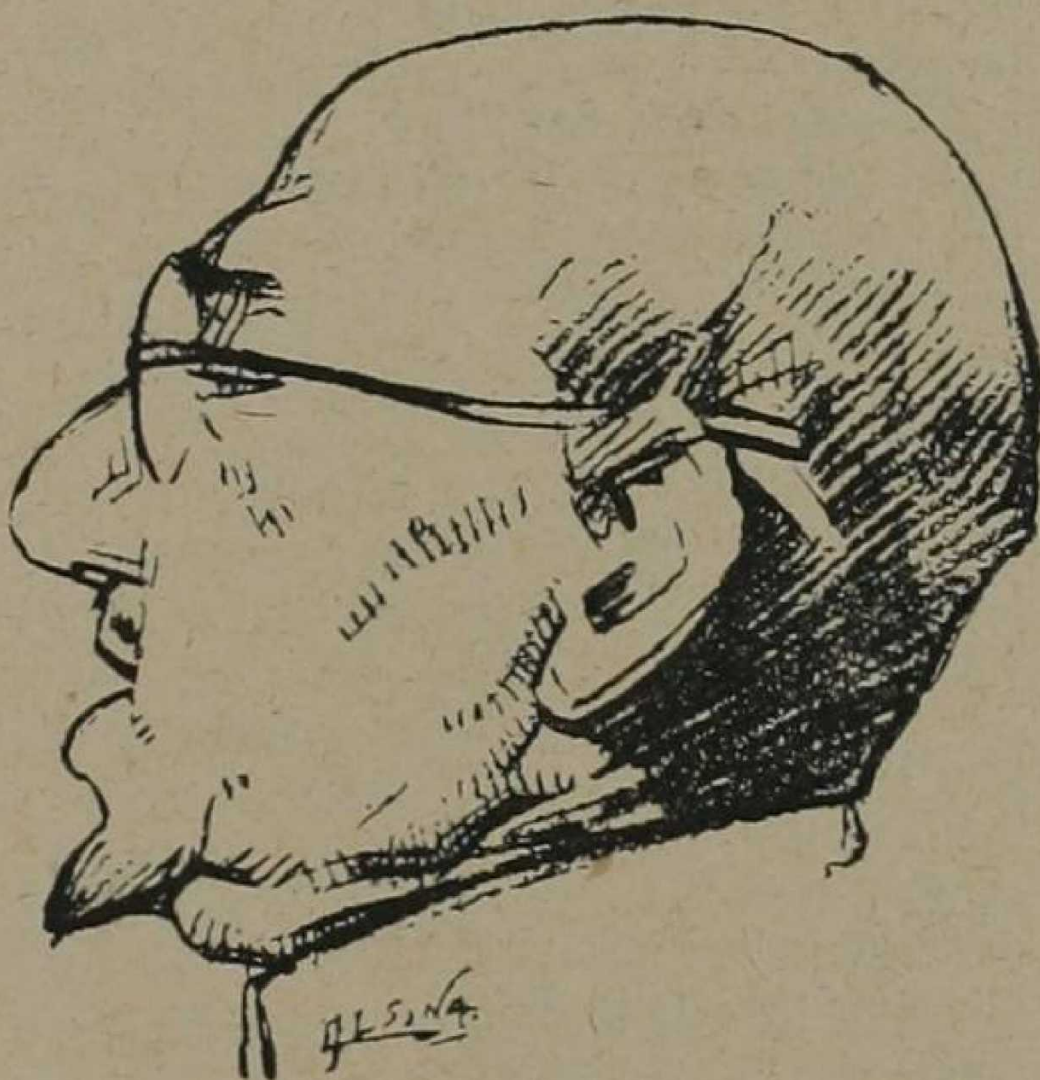
El *Popolo d'Italia* publicó la carta de D'Annunzio a los dálmatas. Antes de emprender la marcha a Roma, Mussolini escribió al poeta: «la Italia de mañana tendrá un gobierno. Seremos bastante discretos para no abusar de la victoria».

Todo contribuye a establecer entre ambos caudillos una firme asociación; la tristeza engendrada por la mediocre paz, el amor a la grandeza romana, al señorío sobre el Adriático de la Italia ensangrentada, empobrecida, pero victoriosa y segura de la importancia de su función histórica.

Y sin embargo, desde que se firmó el Tratado de Rapallo, desde que tuvo que abandonar, sin ser vencido y sin morir, la ciudad amada, la acedia domina al dictador. D'Annunzio afirma que, merced a ese pacto, ha vencido la flamante nacionalidad yugoeslava. Mussolini transige, acepta la mutilación de la victoria, porque se obstina en conquistar por la violencia el poder. Mientras tanto el poeta busca la paz azul de un lago italiano y cierra las puertas de su *villa* con el elogio de la soledad. ¿Volverá a la áspera acción, se refugiará en un convento, fundará en Roma un diario militante, buscará la verdadera, la pura «italianidad» en América? Algunos insinúan, tal vez sin razón, que persiste el pri-

mitivo acuerdo entre el comandante y el ministro dictador.

D'Annunzio se mueve en un plano distinto de aquel en que preparan su victoria sobre las fuerzas de la antinación las legiones del fascismo. Abandona intereses inmediatos como agitado por un entusiasmo quimerista. Diríase que se inclina al misticismo, a la noble locura del amor y de la cruz. Uno de sus amigos me decía recientemente que el más pagano de los artistas siente una sutil nostalgia y quisiera levantar altares al Dios de San Francisco de Asís en su corazón fatigado por los ardores de la tierra. Usa y abusa de la palabra fraternidad. De-



GABRIEL D'ANNUNZIO

rama en salmos su esperanza religiosa. Escribe epístolas a los italianos, a los gentiles, a los bárbaros.

Hace veinticinco años, en las *Virgenes de las Rocas*, el poema de un asceta ambicioso, escribía el futuro comandante que el mundo es «la representación de la sensibilidad y del pensamiento de unos pocos hombres superiores». En virtud de nuevas experiencias morales, abandona su concepción aristocrática y declara su amor al pueblo doliente. Sin la gracia y la caridad, ¿de qué sirven las sentencias de los filósofos? pregunta la Imitación. D'Annunzio transforma su patriotismo en místico amor. Sus legionarios aspiraban, en Fiume, a la dignidad de misioneros. Cuando los enviaba el jefe en misión, les daba el viático como a peregrinos de una cruzada. En la multitud ponía aquél su fe, en el humilde soldado capaz de heroica devoción a un ideal.

Y de esta manera el fumanismo se presenta, escribe el señor Foscanelli, como la moderna reencarnación del cristianismo. Los testigos de la hazaña de Fiume refieren que en algunas cenas el poeta dividía el «pan místico» con sus secuaces. Y, frente a las miserias de la vida presente, exclamaba:

«Somos de otra patria y creemos en los héroes».

En vez de la violencia predica bondad «masculina» y amor, excelso amor. Se opone así al *duce* y a sus duros compañeros. Se ha afirmado que d'Annunzio simpatiza con la revolución rusa, con la gran esperanza eslava. Quizá no llega a tal extremo su actitud. El destino de los trabajadores, el dolor de la masa, el orgullo de la plutocracia le preocupaban cuando dictó su ingeniosa Constitución. En ella fijó el salario mínimo para los obreros, estableció el seguro para los mismos en caso de enfermedad y pensiones para la vejez.

A estas reformas que triunfan no sólo en las democracias sino también en los imperios atentos al desarrollo de la cuestión social, se agrega, en aquella carta política, un sentido novísimo de la propiedad. El Estado, leemos, no reconoce la propiedad como absoluto dominio de la persona sobre las cosas. Considera que sólo son ciudadanos en el pleno sentido de la palabra, «los asiduos productores de la riqueza común». El parasitismo queda abolido de la Italia que d'Annunzio aspira a restaurar.

D'Annunzio se inclina hacia el cuarto Estado, examina con simpatía la posición y las aspiraciones del grupo sindicalista. D'Annunzio es amor, escriben sus amigos. El *duce* acepta, sometiéndolo, emperó, a severa crítica, el orden antiguo. No defiende intereses de clase, no es gendarme de la burguesía o de la plutocracia aunque aceptara el concurso financiero de grandes industriales. Tampoco acepta la degeneración o la disolución del Estado. Ni monopolio burgués ni conquista del poder por el proletariado; el gobierno como suprema función arbitral, estímulo a la producción, respeto a la riqueza formada por el trabajo, límites al exorbitante poder del oro aventurero, de la finanza, extraña, como el comunismo, a la precisa noción de patria.

Esfuerzo de conservación y no de destrucción, se dirá. Formidable experiencia como la de Moscú que acepta las transmutaciones creadas por la guerra y las combina y organiza dentro de la patria. No repetición, sino reforma y creación constante, porque 1922 difiere tan profundamente de 1914 como en los años de otra revolución política y social, 1797 de 1789. Oponiendo el fascismo al maximalismo, Mussolini escribía este año en su revista *Jerarquía*: «Moscú da la idea de un terrible salto con ruptura consiguiente del cuello. Roma da la idea de una marcha de cuadradas legiones». Y afirmaba que la revolución fascista no destruye, como la rusa, en mil pedazos la delicada y complicada

máquina que es la Administración de un gran Estado, ni proyecta el péndulo hasta el otro punto extremo, sino que procede por grados, armonizando lo viejo con lo nuevo, reformando sin premura y sin impaciencia.

Nacionalismo y comunismo constituyen, en la política de occidente, posiciones ineludibles, actuales y terminales. La opinión intermedia, espíritu democrático, socialismo parlamentario, liberalismo de los derechos del hombre parecen supervivencias de un pasado en el cual sólo creen generosas almas ingenuas. Mussolini está resuelto a tentar la experiencia nacionalista. Le animan antiguas voluntades oscuras, fuerzas que aspiran a dominar en un seguro crescendo, no sólo la doctrina de Corradini, el lirismo y el heroísmo de d'Annunzio, sino también el pensamiento de Gioberti y la visión de Cavour. El pasado entero, el «risorgimento» del orgullo y de la fuerza italianos le arma para el definitivo combate. Nada hay tan grande en el mundo como la voluntad, explicaba Emerson. He aquí un hombre de bronce, sano, seguro, resistente, que nació en el seno del pueblo, que tiene como pocos el sentido de la tierra, que se libertó pronto de toda ilusiva ideología; a quien nada turba, nada separa de su ruta clara, ayer la pasión de los cenáculos socialistas, hoy las sonrisas de la aristocracia romana.

Pudo destronar al rey y lo ha conservado para que en torno a un centro histórico, a una dinastía nacional se desarrolle la nueva Italia. A sus partidarios exaltados ha impuesto la noción de límite, un «segundo tiempo» de mesura y de prudencia. Superior a su propia victoria, suyos son el gesto que fascina, el ademán apasionado y también la fría y acerada reflexión. Frente a la tristeza y al caos se convierte en profesor de esperanza y en augur. Crece la fuerza de Italia al seguirle y se dilatará quizá sin término su acción. Se cumplirá así nuevamente la promesa de Virgilio a los gloriosos herederos de Eneas: «imperium sine fine dedi».

FRCO. GARCÍA CALDERÓN

(La Nación, Buenos Aires).

Página lírica

de Arturo Torres Rioseco

Oh, fracaso absoluto
de no expresar toda la angustia
de la belleza. Ya dijimos
el encanto del río,
el silencio del valle,
la maravilla de la luna.
Y dimos voz y ritmo
a la curva del cuerpo femenino...
Y sin embargo no hemos dicho nada...
Oh, fracaso absoluto del poeta!
La voz de Marinetti
nos llama al circo. Sandburg
en las trompetas de Walt Whitman
ladra. Rabindranath Tagore
anuncia píldoras hindúes
para dispépticos. Benavente
anda en la cuerda. Y los néofitos
se santiguan y escuchan.
Tú, triunfador del siglo,
Gabriel D'Annunzio.
Tú, el primer fracasado
y el primer héroe,
has levantado en la hojarasca
inútil de tus tragedias
la estupenda
catedral de la acción. Por Fiume
y la República te canto.
Oh, la acción impulsada
por el fracaso artístico!
Lenin, Wilson, Mussolini,
empresarios de circo,
jefes de casas comerciales
habéis sido en el siglo.
No habéis sentido
el pesimismo y la tragedia
de este gran capitán.
Oh, Verlaine,
tu presentiste mi fracaso
pero no lo dijiste. Tu sugieres
el dolor de perderse
en la emoción elemental
sin expresarla. Y un día
no te atreviste a ver la luz.
Oh, qué receta indigna
han hecho de tu canto
tus claunescos discípulos!
Es más fácil morirse
Verlaine!

El recuerdo
es como agua que pasa
por los dedos:
no lograremos nunca definirlo
con la palabra escrita.

Oh, Shakespeare,
qué soberbio
debió ser ese Hamlet
que no nos diste.
Y qué terriblemente bella
y suave, y frágil, y sensible
tu Annabel Lee, Edgardo.
El Hamlet nuestro,
nuestra Gioconda y nuestra Ofelia
son sólo sombras de los otros.
Oh, genios fracasados!

Recordar... Oh, dolor
desprendido de un hecho
más ancho y más profundo.
Expresión! EXPRESIÓN:
Oh, DOLOR nacido del recuerdo,
tu resumes y agrandas
la realidad y su visión.
¿Y la Belleza Mínima?
¿Lo que es y no es?
La hoja que habla
y danza y ríe bajo el sol!
La luna que navega
con las velas tendidas
llevando su cargamento de oro.
El libro vivo,
con nervios y palabras
pero sin voluntad!
Los ojos ciegos de los espejos!
La condena perpetua
de los relojes!
Todo lo que sufre
y no podrá ser explicado
y jamás comprendido.

Arguyen: El artista supremo
dará enteras sus concepciones.
Sea. Pero el lienzo, el poema,
la escultura, no se llevan su sangre ni su
esencia vital. Y el artista
al morir no abandona
lo más trascendental del universo.

Y pasarán los siglos
con comerciantes, sabios y profetas,
y el artista por siempre
será el perfecto fracasado.

MOTIVOS

1. Te das y te defiendes:
oh, la resaca
bajo la luna!
2. Esta es la canción de siempre:
el amor, la vida y la muerte.

BOTICA ESPAÑOLA

Preparaciones

ASTOR:

ELIXIR ANTIPALÚDICO
VERMÍFUGO

INYECCIÓN ANTIGONORREICA

SAN JOSE

COSTA RICA

3. Sobre la arena
tres espectros:
Juventud, alegría y belleza.
4. Aquí yace una niña:
oro, rosas, sangre:
TODO EN NEGRO.
5. Naranjas chinas
bajo la luna de mayo:
tus senos.
6. Lo que te dije
sonó a hueco. Choque de lámina
sobre el agua, ECO.
7. Lo que recuerdo:
sus ojos negros
su vestido naranja,
y su pecho.

Tours de Dieu! Poetes!

(D'APRÉS RUBÉN DARÍO
Á PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA).

Tours de Dieu! Poètes!

Phares divins
qui résistez à la dure tempête
comme la falaise aux embruns,
comme la cime aux insultes des airs,
ô maitres des éclaires
et dignes des éternités!

La magique Espérance nous annonce le
[jour
harmonieux, où, sur les écueils tourmentés,
la perfide sirène viendra se déchirer...
Et seulement alors pourrons-nous espérer
la bel arpège marin au ferme et clair con-
[tour.

Qu'importe?
La matière brutale se plaît à proclamer
sa haine des rythmes sacrés;
qu'importe? Les peuples furieux
luttent pour une proie déjà morte,
qu'importe? Les demi-dieux
eux mêmes se révoltent,
et le barbare, du sang aux dents, du sang
[aux yeux,
rêve éternellement son rêve monstrueux...

Poetes, déployez vos riantes bannières,
faites nous oublier les haines et le fiel
en chantant l'hésitante brise printanière
et la tranquillité de la mer et du ciel...

PAUL MORIN.

(Del libro *Poèmes de cendre
et d'or*, Montreal, 1922).

Doctor Constantino Herdocia

De la Facultad de Medicina de París
MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y
garganta. Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m.
y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

La leyenda en la historia

HE leído un grueso volumen sobre *Ricaurte y sus impugnadores ante la crítica*, escrito por el señor Luis Orjuela, miembro de las Academias de Historia y de la Lengua, e impreso, graciosamente, en la Imprenta Nacional. Es un estudio analítico y ampliamente documentado respecto de la autoridad que pueda tener el *Diario de Bucaramanga* (en infausto día publicado en París), cuando se refiere a los héroes de la Nueva Granada, y, en especial, a Antonio Ricaurte. En el curso de la lectura de la obra del señor Orjuela, he hecho, al margen, algunas anotaciones.

Ante todo, y como directamente interesado en esta polémica, ya muy antigua y trasnochada, vayan mis agradecimientos a los señores Orjuela y Raimundo Rivas, autor y prologuista de la obra: al autor, por ser el primero, de su escuela, que en Colombia y Venezuela ha tratado el punto sin calumniarme ni injuriarme, y, al prologuista, por los discretos conceptos con que se refiere a mí. El señor Rivas merece, además, un aplauso, porque, siendo académico de la Historia, ha tenido el raro valor de recordar, en su introducción, que don Angel y don Rufino José Cuervo, eximios colombianos, nos enseñaron que en los colegios de Suiza está prohibido exponer, como verdad histórica, la hermosa leyenda de Guillermo Tell.

En lo demás, observo confusión de ideas, y aún garrafales contradicciones. El señor Rivas, por ejemplo, no tiene empacho en declarar que en el *Diario de Bucaramanga*, «con sana doctrina y habilidad», procuré defender la reputación de los militares granadinos; en cambio, el señor Orjuela no me incluye en la minuciosa enumeración que hace de los apologistas y detractores de Ricaurte, no obstante la declaración citada de su prologuista, y a pesar de mi libro *Colombia en la guerra de independencia*, que el señor Orjuela cita a cada paso en su obra, y en el cual no me propuse otra cosa que evidenciar, con los documentos existentes (a los cuales el señor Orjuela confiesa, honradamente, no haber agregado ninguno), el gran contingente, moral y material, prestado por la Nueva Granada en la magna guerra, y hacer la defensa de los militares granadinos, denigrados por los escritores venezolanos y por Bolívar mismo, más rudamente que en el *Diario de Bucaramanga*, en cartas dirigidas por él a militares granadinos, y en los propios días de la independencia. Agregó que, a juzgar por toda la obra, el señor Orjuela se inclina a catalogarme entre los detractores de Ricaurte, y que debo, sin duda, a un olvido o distracción, no verme sentado en el banco de los acusados. ¡Feliz distracción!

Tanto el autor como el prologuista hablan de «las sombras que (sobre Ricaurte), más o menos remoto, encuentran su nacimiento en Peru de Lacroix» (p. VIII), consideran

el *Diario de Bucaramanga* como «origen manifiesto de todas las reticencias o afirmaciones que se han lanzado para amenguar la gloria de Ricaurte» (p. v), y a Peru de Lacroix como «el lanzador de la primera piedra contra la hazaña del héroe granadino, hecho que ha dado asidero a la suspicacia de todos sus seguidores» (p. 50); pero en seguida confiesa el autor que «desde el punto mismo del sacrificio de Ricaurte, su gloria no fué bien mirada por los militares» (p. XI), y más adelante: «Contradictores tuvo, pues, Ricaurte, desde el primer día de su gloria, cosa, en verdad, no extraña, si se recapacita que con émulo tropezó siempre la fama» (p. 35); y otra vez: «La gloria de Ricaurte no fué bien apreciada entre militares desde el punto mismo del sacrificio del héroe, tal cual lo predica la relación ambigua de la pieza oficial debida a Muñoz Tébar» (p. 222), para luego afirmar el mismo señor Orjuela que la publicación que hice en París del *Diario de Bucaramanga* «a disgusto de los académicos venezolanos», «dígase lo que se quiera (son sus palabras), merece bien de la Patria» (p. 62), y, pocas páginas después, que «acertó Lacroix a producir una obra tan abundante en relatos congruentes con la realidad de los hechos, como rica en agudas perspicacias y en gráficas expresiones; por lo cual, dígase lo que se quiera (son sus palabras), el interés que el libro despierta es tan grande que el lector que lo llega a tomar entre las manos no lo suelta» (p. 65). En otro pasaje hace el señor Orjuela un fervido elogio del *Diario de Lacroix*, revelador de que el académico de Historia, sin embargo de su prevención contra el oficial francés, y a par de los más eminentes escritores de América, ha sentido también, al volver cada hoja de ese libro, pisadas de animal grande. Que el libro de Lacroix «es de gran trascendencia histórica y de notable interés para completar el estudio moral de Bolívar, es, dice el señor Orjuela, efectivamente, el criterio que ya empieza a predominar entre los mejores críticos e historiadores de la América hispana cuando se trata de juzgar ese libro, y parece que no pasará mucho tiempo sin que el común criterio de los ibero americanos se encuentre unánime en la manera de apreciar dicho libro» (p. 199).

Todos esos juicios, como se ve, son contradictorios, y demuestran, una vez más, que no se puede escribir historia sobre tesis preconcebidas. Para sacar victoriosa el señor Orjuela su convicción, que creo sincera, dé que Peru de Lacroix es el responsable del desdoro de la gloria de Ricaurte, no advierte que muchos años antes de que el *Diario* fuera conocido, aun de un corto número de escritores del Avila, cuando esos manuscritos dormían con los papeles de don Ramón Azpurúa (a quien, en cuestiones históricas, se le durmieron siempre), ya el general Soublotte, de sobremesa en su hogar, en

Caracas, se indignaba contra la incredulidad que, acerca de la hazaña de Ricaurte, y sin referirse para nada al *Diario* de Lacroix, mostraban, en su presencia, oficiales distinguidos, compañeros del granadino, que afirmaban, sin rebozo, que su camarada «había muerto de un balazo y que ellos lo habían cargado para enterrarlo»; y ese testimonio procede del nieto del general Soublotte, don Manuel Hernáiz, de Caracas, en carta a don Julio Portocarrero, nieto del general O'Leary, de Bogotá. Y lo que afirmaban esos oficiales, sin miedo, al general Soublotte es lo mismo que muchos años más tarde, y sin referirse tampoco al *Diario* de Lacroix, dejó escrito el general granadino Tomás Gutiérrez, también compañero de Ricaurte, en su *Autobiografía*, publicada oficialmente por la Academia de Historia de Colombia, esto es, que él, «con otros oficiales patriotas, recogieron el cuerpo de Ricaurte y lo sepultaron» (1).

Tampoco observa el señor Orjuela que el mismo parte de la batalla de San Mateo, escrito por Muñoz Tébar, fué puesto en tela de juicio en Venezuela, desde aquellos días heroicos, y más tarde, en 1880, calificado de anónimo por un escritor venezolano que para nada citó el *Diario* de Lacroix, y que, seguramente, no lo leyó nunca. Tampoco se refirió al *Diario* de Lacroix el señor Obispo Celedón al refutar al escritor antes citado. Menos para mientes el señor Orjuela en que el señor Mutis Durán, apologista de Ricaurte, no tuvo frases amargas sino para el boletín de Muñoz Tébar, que él encontraba injusto con el héroe, deficiente y casi incomprendible, justamente los mismos pechos que hoy le pone otro apologista de Ricaurte, que no es otro que el mismo señor Orjuela.

Y aquí conviene observar que el autor, tan acremente censurado, de ese parte de San Mateo, fué aquel Antonio Muñoz Tébar,

joven hermoso y triste como Antino;

«esa abeja del Helicón caída en el cáliz de ajenjo de los partidos»; «un alma que habitó siempre puras y elevadas regiones», según la cálida prosa de Juan Vicente González, y «un mozo lleno de gracia, de talento y de instrucción, incansable en el bufete, impá-

(1) Fué el señor Ildelfonso Díaz del Castillo, pastuso como el general Gutiérrez, y académico de la Historia, quien, hace unos diez años, más o menos, presentó a ese Instituto, en sesión pública, los manuscritos originales de la *Autobiografía* de su conterráneo, que le habían sido confiados por la familia del general. La Academia resolvió, probablemente sin leerlos, que se publicaran en el *Boletín de Historia y Antigüedades*, pero he aquí que, al corregir las pruebas, el Secretario de la Academia, señor Ibáñez, leyó, con sorpresa, la citada declaración de Gutiérrez relativa a Ricaurte, y, en el acto, para no escandalizar, la suprimió en las pruebas. Por una casualidad que tan frecuentes son en estos casos el señor Restrepo Tirado, también de la Academia, vió las pruebas, ya devueltas, con las correcciones, a la Imprenta Nacional, y al observar la mutilación hecha por Ibáñez, restableció la verdad en el texto de la *Autobiografía*. Lo que refiero lo tengo de viva voz y de los labios del señor Restrepo Tirado. Así, con ese criterio de no escandalizar, se ha escrito, patrióticamente, buena parte de la historia nacional.

vido en las batallas, el hombre más querido del pueblo, del ejército y de Bolívar», según el ilustre Baralt. Recordemos también, en honor de tan bella memoria, que menos de tres meses después de redactar el boletín de San Mateo, ese predestinado adolescente, lector asiduo de Plutarco, y amante de la clásica antigüedad, cayó, con la Patria recién nacida, en la sangrienta pampa de *La Puerta*, con toda la dignidad y decoro de los atletas griegos!

Si en atención a que más que nadie he estudiado este punto histórico, se quiere saber mi parecer sobre el verdadero responsable del desdoro de la gloria de Ricaurte, voy a darlo con toda la buena fe de un escritor que sobre todas las cosas ha amado siempre la independencia de su pluma. Ese sindicado no fué el infeliz oficial francés, que recogió de los labios de Bolívar, en un día de mal humor del héroe (momentos en que los hombres son más francos), las duras palabras contra los militares granadinos, que más tarde el mismo Bolívar había de escribir, con su propia mano, y con más amargura aún, en carta dirigida a un célebre general granadino, siendo inexplicable que el señor Orjuela, que rotundamente niega que esas frases del *Diario* salieran de la boca de Bolívar, haya callado ante esa carta al general Herrán, que está trascrita en mi libro *Colombia en la guerra de Independencia*, tan manoseado por el señor Orjuela.

Es del doctor Aristides Rojas, erudito y ameno escritor venezolano, el único historiador de ese país que tiene un monumento

Omisión

En el artículo de Cornelio Hispano, *Las camisas de Bolívar*, publicado en el N^o 23 del Tomo 6 del «Repertorio Americano», pág. 347, columna 2, después del renglón 8, se omitió el párrafo que dice:

Refiere don José María Espinosa, llamado el abanderado de Nariño, en sus *Memorias*, publicadas en Bogotá en 1876, al hablar de la entrada del Libertador a la capital, después del triunfo de Boyacá, que habiendo salido él con Maza al encuentro de los vencedores:

«Apenas habíamos andado dos leguas, cuando vimos venir un militar, bajo de cuerpo y delgado, a todo el paso de su magnífico caballo cervuno...

«Maza reconoció a Bolívar que había dejado en el Puente del Común su escolta y edecanes y se había adelantado solo para entrar a Bogotá...

«Vestía un uniforme de grana roto y lleno de manchas por todas partes, y la casaca pegada a las carnes, pues no traía camisa. Así hizo la campaña de los Llanos. Se conocía que hacía por lo menos un año que no se cambiaba la ropa... Un sujeto salió a la Calle Real en solicitud de una docena de camisas, fiadas, para llevarlas a Bolívar...

público en Caracas, justamente en el patio de la Academia de Historia, es del doctor Rojas de quien directamente proceden las dudas que desde hace cincuenta años hizo nacer, allende el Táchira, la proeza de Ricaurte. Fué él quien, dedicado, durante su larga y meritoria vida, a escudriñar los orígenes de la nación venezolana, tuvo la extravagante curiosidad de ir a las fuentes mismas de la historia, esto es, a los documentos auténticos. Rojas, admirador apasionado de los héroes que consumaron la independencia, no se contentó con las relaciones de los historiadores y cronistas que lo habían precedido; no quiso escribir de segunda o tercera mano, sino a conciencia y sobre los archivos empolvados y casi intactos entonces de miradas inteligentemente investigadoras. Rojas, asombrado ante la hazaña de Ricaurte, no se resignó a repetir lo que sucesivamente habían transmitido, copiándose unos a otros, los historiadores de Venezuela: José Félix Blanco, O'Leary, Montenegro Colón, Baralt, Azpurúa, Austria, Larrazábal; se empeñó en buscar el parte de la batalla; lo halló en la *Gaceta de Caracas* de 1814, y lo publicó en la *Opinión Nacional* de la misma ciudad, en 1878; pero, hombre temerario en extremo, no se satisfizo tampoco con el boletín impreso en el periódico oficial de aquellos lejanos tiempos, quiso profundizar más hasta ver con sus ojos y tocar con sus manos el documento original, de puño y letra de Muñoz Tébar, y, como el que busca la verdad siempre tiene la tristeza de encontrarla, dicen que el doctor Rojas encontró el precioso documento, pero que, menos discreto que el aldeano de Oscar Wilde, que al fin, un día vió, real y verdaderamente a las Sirenas, bañándose a la orilla del mar, no guardó el silencio del rústico, sino que se dedicó a denigrar a las Sirenas, bien que las tachas que les puso fueron siempre imprecisas, y nunca (tal fué la emoción de su hallazgo) quiso decir lo que había visto.

Uno de los historiadores de más talento que tuve el gusto de tratar en Caracas, a quien le pregunté una vez si él, tan erudito y tan independiente en su criterio histórico, sabía en qué razones se había fundado el doctor Rojas para denigrar a las sirenas, me contestó de Barquisimeto, el 15 de abril de 1914, en estos términos reservados, que son siempre los que usan los letrados venezolanos cuando escriben sobre este asunto, pero no cuando hablan. Ahora escribe el doctor Lisandro Alvarado:

«Ya desde la época en que viví como estudiante en Caracas (1878-1884) oí hablar del sacrificio de Ricaurte. Fué justamente cuando Rojas comenzó la obra demoledora acerca de Ricaurte, Girardot, Drake, Oviedo Baños, etc. Después he hablado con distintas personas (de la clase de los inmortales, algunas de ellas), y opinan como Rojas en lo de considerar la explosión de San Mateo como obra de la casualidad; pero yo no he podido ver esos documentos que se dice existen, para comprobar tal aseveración, y si es cierto que existen debe ser en el archivo de

Rojas, que se mantiene bajo llave en manos del señor Boulton, sin que a esas arcas tenga acceso persona viva fuera de él mismo».

Felizmente esos documentos, de que habla el historiador de la Federación en Venezuela, no aparecerán nunca, y aunque se encontraran y publicaran en nada amenguarían, vive Dios! la gloria del héroe de San Mateo, porque esta gloria es un tesoro de toda la América hispana, tan profundamente arraigada en el pecho de todo colombiano que, contra ella, nada podrá prevalecer jamás, y menos unos simples borradores de Muñoz Tébar. Y, además, porque, según lo dijo admirablemente un grande escritor contemporáneo, la labor de los historiadores que buscan documentos nuevos es casi siempre inútil, como es inútil, en lo general, la de los sabios que sorprenden los secretos de la naturaleza, ya que esas verdades científicas, esto es, documentadas y experimentales, que ejercen sobre los estudiosos un poder soberano, no tienen imperio alguno sobre las masas del pueblo.

«El sistema de Copérnico y de Galileo —continúa el escritor— es absolutamente inconciliable con la física cristiana, y, sin embargo, vemos que ha penetrado en todo el mundo, hasta en las escuelas primarias, sin modificar, en lo más mínimo, los conceptos teológicos que debía destruir del todo. Las ideas de Laplace sobre la formación del mundo hacen aparecer la antigua cosmogonía judeo-cristiana tan pueril como un cuadro con reloj fabricado en Suiza, y, sin embargo, las teorías de Laplace se exponen claramente desde hace un siglo, sin que los cuentos judíos y caldeos sobre el origen del mundo, que se encuentran en los libros sagrados de los cristianos, hayan perdido nada de su crédito entre los hombres. La ciencia nunca ha perjudicado a la religión ni a la historia, y se puede demostrar el absurdo de una práctica piadosa o el absurdo de una leyenda patriótica sin disminuir el número infinito de los que creen en ellas. Las verdades documentales, científicas, acordes con la razón, no son simpáticas al vulgo. Los pueblos han vivido y viven de mitología. Sacan de las fábulas todas las nociones útiles que necesitan para vivir. No es mucho lo que necesitan, y algunas sencillas mentiras bastan para dorar millones de existencias. La verdad no encuentra buena acogida entre los hombres, y sería una desgracia que la encontrase, ya que es tan contraria a su genio como a sus intereses».

Tan cierto es lo que acabamos de oír de este armonioso oráculo, que una de las más vivas impresiones de mi vida de estudiante es la que sentí una noche, hace ya tiempo, en el aula máxima de uno de los más ilustres colegios de Bogotá. Se recibía de Doctor un querido amigo y conterráneo; presidía la sesión solemne el Rector del Instituto, varón doctísimo y concurría al acto la flor y nata de la intelectualidad bogotana: sabios en ciencias naturales y matemáticas, académicos, profesores, generales. Ya para concluir el examen reglamentario tocó, incidentalmente, el interrogatorio del Rector

la cuestión de los orígenes del mundo y de la especie humana, y fué de verse entonces el brío y garbo con que el nuevo Licenciado refirió, minuciosamente, todo lo que en el Génesis se contiene del paraíso terrenal y de sus primeros moradores, nuestros padres Adán y Eva. Al terminar el examinado su exposición, el Rector hizo un gesto que claramente quería decir: muy bien! lo que fué como una señal para que estallaran, en toda el aula, estruendosos aplausos. Un humilde estudiante, recién llegado de su provincia, que en un rincón de la sala asistía a aquella solemnidad, se contagió de la admiración general, y sin haber oído aún el oráculo contemporáneo, pensó, cuerdamente, que él era el único ignorante y desorientado en aquel doctoral concurso, y que los tales Larmark y Laplace no existían sino en su descuadernado texto de física y en su imaginación de incorregible lector de libros prohibidos...

En estos mismos días ha visitado a París el prodigioso alemán Einstein, «el más poderoso cerebro que haya existido jamás»: el sabio, aún joven, que, con sus teorías de la relatividad, «ha hecho tambalear el edificio de la ciencia clásica», y este hombre maravilloso se presentó al libre Colegio de Francia, donde enseñaron Claudio Bernard y Renán, a exponer sus ideas y a discutir las con renombrados sabios: Painlevé, Appell, Rector de la Universidad de París; Nordmann, Director del Observatorio Astronómico; Sir Thomas Barclay; el profesor Strissower, de Viena; Emile Borel, del Instituto; H. Lichtemberger; Croiset, insigne helenista, y Langevin, Director el primero, y profesor de Física el segundo, del Colegio de Francia, y todos reconocieron la resistencia de la construcción científica del mundo, ideada por Einstein, y comprobaron que ella marca una etapa en la historia del espíritu humano.

Pero ¿cuándo las ideas einsteinianas se impondrán a la humanidad y penetrarán hasta las más densas capas sociales? Tal vez, cuando la luz de las nebulosas espirálicas, entrevistas por los sabios, llegue a alumbrar la tierra...

¿Pero se encontrarán y publicarán algún día esos documentos, de que habla el doctor Alvarado, y que yacen en un archivo de familia, en Caracas? Quien sabe! Sólo entonces el señor Mutis Durán, desde ultratumba, podría ver aclaradas las deficiencias e injusticias del boletín de Muñoz Tébar; sólo así el señor Orjuela, desde Zipaquirá, podría explicarse esa frase del mismo boletín que tanto lo fastidia y encoleriza, ese «movimiento oportuno de la línea del centro a derecha e izquierda». Por mi parte, mis votos de colombiano y soñador, amante de las glorias patrias y apasionado por todas las cosas bellas del mundo, son que no aparezcan jamás esos documentos, y menos que se publiquen, ni aun para los doctos.

—
Cuando en ese inefable diálogo de Platón, que se prolonga durante un día de verano, los dos amigos, recostados sobre la blanda

hierba, a la sombra de un plátano, con los pies en las ondas del Iliso, bajo el puro cielo del Atica, al arrullo de las cigarras, amantes de las Musas, y mientras las Ninfas, hijas del Aquelóo, escuchan, con maravillado oído, las palabras de aquél que poseyó a la vez el amor de la ciencia y la ciencia del amor; cuando en ese diálogo divino, el joven Fedro, tan querido de Sócrates, y tan engolosinado de sus pláticas, invita al maestro venerado a reposar cerca del sitio donde Bóreas arrebató a la bella Oricia, y con encantadora e ingenua curiosidad le pregunta si él cree en el rapto de la Ninfa, Sócrates responde que podría negarlo, explicando el suceso, pero que eso le obligaría a hacer un gran esfuerzo intelectual, que para él no tiene atractivo alguno, ya que en ese punto, le es más fácil y placentero seguir creyendo lo que creen los demás.

¡Qué lección tan digna del más sabio y justo de los hombres, y cuán dulcemente impregnada de la simplicidad y grandeza antiguas!

El ensueño es la parte divina de la vida; él magnífica todo cuanto existe y conduce los espíritus a la conquista de lo maravilloso. El absurdo es una de las más gratas alegrías; es una mentira, lo sabemos, y queremos ser engañados. Por eso, antes que verlas y taparme los oídos como Ulises, preferiré siempre oír los cantos de las Sirenas, de verdes cabelleras, que se bañan en las ondas azules...

C. HISPANO

(Cromos, Bogotá).

¡Domingo!

PARA RAFAEL HELIODORO VALLE

Bello día de oro y luz era en mi infancia...
bello día de oro y luz es mi recuerdo!...
¡Oh ropas del domingo con fragancia
de raíces de violetas, bien olientes!

¡Domingo, día de misa! dulce rito
que cumplía el nieto al lado de la abuela;
recuerdo aquella alfombra con pastores;
[mito
de Cloe y Dafnis? Quizá no lo sabía!...

¡Misa de los domingos! Misa buena:
el sacerdote con su capa de oro,
orando ante los ramos de azucenas
que adornaban la Virgen para mayo.

Domingo, día de dicha y de limpieza;
en la amplia sala del hogar, amigos
que sonreían a los niños. Todo en esa
lejanía de las cosas que se fueron!...

El abuelo leía en la mecedora,
—el bastón retorcido en sus rodillas—,
y llegaba la turba bullidora
de los nietos, por *cinco* y por *dieces*...

¡Oh dulces de colores de cristales,
que vendía el confitero. Figuritas,
como en Hansel y Gretel, inmortales
en el país de la áurea fantasía!

Oh frutas aromadas... deliciosas,
mangos, naranjas, tunas, granadillas,
frutas para el frutero de las Diosas,
¡para tu cornucopia, diosa Ceres!

Mercado del domingo! Estampa clara
de mi libro de luz y de poesía...
veo las jaulas de pájaros, la cara
rara del indio, vendedor de quina.

Y la del vendedor de bella loza
de arcilla, trabajada con primores:
yo tenía una *alcancia* color de rosa
donde guardé mis sueños más que el oro.

Mercado del domingo con su fiesta
de flores, y de frutas y de voces,
blanco pan de maíz en limpias cestas,
jugosas moras sobre frescas hojas!

Tardes las del domingo, averanadas,
paseos a los potreros, por la puesta
roja del sol; las colinas doradas,
y una inmensa alegría en el corazón! ..

Tardes de fiesta, candidas, serenas,
en que había ya como un presentimiento
de las tardes de amor. ¡Oh tardes buenas
en que todo era risa y alegría!

Domingos, días de gracia, áureos días
pintados por Fra Angélico en mi infancia,—
¡yo quisiera decir la letanía,
sentimental, que vuestro nombre evoca!

Y como el Poeta, a vuestro sol imploro,
¡domingos del Señor! para los niños,
que vistáis siempre con la capa de oro,
que hace olvidar lo negro de otros días.

CARLOS LUIS SÁENZ

Heredia, agosto de 1923.

EL EJEMPLO QUE IMITAR

Las misiones culturales creadas en México

Las Secretarías de Educación Pública, Agricultura y Fomento, e Industria y Comercio y el Departamento Sanitario Federal, han resuelto trabajar de acuerdo, para iniciar una intensa campaña cultural, pero eminentemente práctica en todo el país, fundando lo que se llamará «Misiones de Cultura».

Las Misiones de Cultura, tienen como principal objeto enseñar a los pueblos de indígenas, cómo se construye una casa de terrado; cómo se aprovecha científicamente la parcela del hogar; cómo se imparte instrucción a los pequeños; cómo se cultivan los campos de hortaliza; cómo se crían y benefician las aves de corral y animales domésticos aprovechables y cómo se aplican los principios rudimentarios de higiene para conseguir el bienestar de todos.

EL ORIGEN DE LA IDEA

La señorita Elena Torres, Directora del Servicio de Desayunos Escolares, después de haber dejado normalizado este importante servicio y de haber contribuido a la devolución de más de

Hacemos nuestra esta saludable advertencia de nuestro ilustrado colega «España», de Madrid:

Esta Revista no puede mantener correspondencia con sus numerosos colaboradores espontáneos ni publicar ningún trabajo conforme a la impaciencia del remitente, sino a la medida del orden que le imponen sus límites cuantitativos y sus necesidades cualitativas.

diez mil pesos del fondo con que se fundó el servicio, fué la que ideó la organización de las Misiones Culturales, trató el asunto en los Ministerios y Departamento correspondiente y alcanzó un éxito positivo, pues fué tomada en cuenta y se dispone ella a marchar a ponerlo en práctica.

El plan para la organización, según las declaraciones de la señorita Torres a nuestros reporters, es el siguiente:

Establecer el servicio con la ayuda oficial; pero sin que llegue a tener el carácter de institución. Por eso se pidió la ayuda a las dependencias del Ejecutivo ya referidas. La Secretaría de Educación dará dos maestros; la de Agricultura, dos agrónomos; el Departamento Sanitario una enfermera y la Secretaría de Industria un experto en la enseñanza de Industrias productivas.

Organizada la misión, saldrá de la capital para el pueblo que se designe debiendo permanecer en cada punto cuando menos cuatro meses y cuando más seis.

El plan de trabajo en cada pueblo rural se hará de la manera siguiente:

Instrucción.—Dos maestras con responsabilidades de enseñar a leer, escribir y contar a los que deseen aprender, ayudando al mismo tiempo en las demás labores a la misión.

Cultivos.—Un horticultor, un arboricultor y un avicultor.—Enseñarán la fundación de huertos y gallineros, cultivo de legumbres y árboles frutales. Cría de aves de corral.

Construcciones.—Dos albañiles y un carpintero.—Estos construirán una

casa comunal, compuesta de un salón de clases para niños, una sala biblioteca y de lugar para reuniones sociales y una sala adjunta para recibir clases de higiene privada del hogar.

Dos o tres casas para habitación de tipo humilde y cómodo.

Salubridad Pública.—Una enfermera.—Será responsable del éxito de la enseñanza de los trabajos de higiene privada y con obligación de ayudar en todas las labores de la misión.

Educación Pública.—Un jefe de misión, responsable del trabajo general y capaz de gestionar la suma de elementos necesarios que a cada institución toque proporcionar.

La misión pedirá a cada pueblo los elementos necesarios para la obra, interesando a los vecinos de la misma. De manera que después de los cuatro o seis meses de permanencia en cada lugar, dejarán obra efectiva a su salida.

Las casas para habitaciones que se construyan se sortearán gratuitamente entre los vecinos que más interés tengan y hayan puesto en ayudar a la misión en la obra cultural.

La misión no será onerosa al gobierno, pues cada Secretaría pagará a su personal de acuerdo con su presupuesto correspondiente.

La señorita Elena Torres, se pondrá al frente de la primera misión y del resultado que esta dé, dependerá que este servicio tome mayor incremento en todo el país. El primer Estado en donde irá la misión, es el de Guerrero.

(El Universal, México, D. F.)

Libros y folletos de ocasión a precios módicos

Tenemos encargo de vender los siguientes:

José M. del Hogar: <i>Las primeras espigas</i> (novela).....	2.00
Miguel de Unamuno: <i>Paz en guerra</i> (novela).....	3.00
P. Henríquez Ureña: <i>Mi España</i>	4.00
R. Heliodoro Valle: <i>Anfora Sedienta</i>	4.00
Pedro Prado: <i>Ensayos</i>	1.50
F. García Calderón: <i>El Wilsonismo</i> ..	1.00
Alberto Carvajal: <i>Ritmos breves</i>	3.00
Emilia Bernal: <i>Alma errante</i>	3.00
A. Fogazzaro: <i>Daniel Cortis</i> (2 tomos)	2.00
M. D'Aziaglio: <i>Mis recuerdos</i> (3 tomos).....	4.50
R. Dozy: <i>Historia de los musulmanes de España</i> (4 tomos).....	6.00
Cervantes: <i>Novelas ejemplares</i> (4 tomos).....	4.50
C. Hispano: <i>En el Valle del Cauca</i> ...	3.00
Arturo Borja: <i>La flauta de ónix</i>	2.00
R. Rolland: <i>Nicolai y el pensamiento social contemporáneo</i>	1.25
Luis Carlos López: <i>Por el atajo</i>	5.00
J. S. Alvarez (Fray Mocho): <i>Salero criollo</i> (Cuentos).....	2.50
Rodolfo Rocker: <i>Artistas y rebeldes</i> (Poe, Tolstoy, Wilde, Kropotkine, etc.).....	4.00